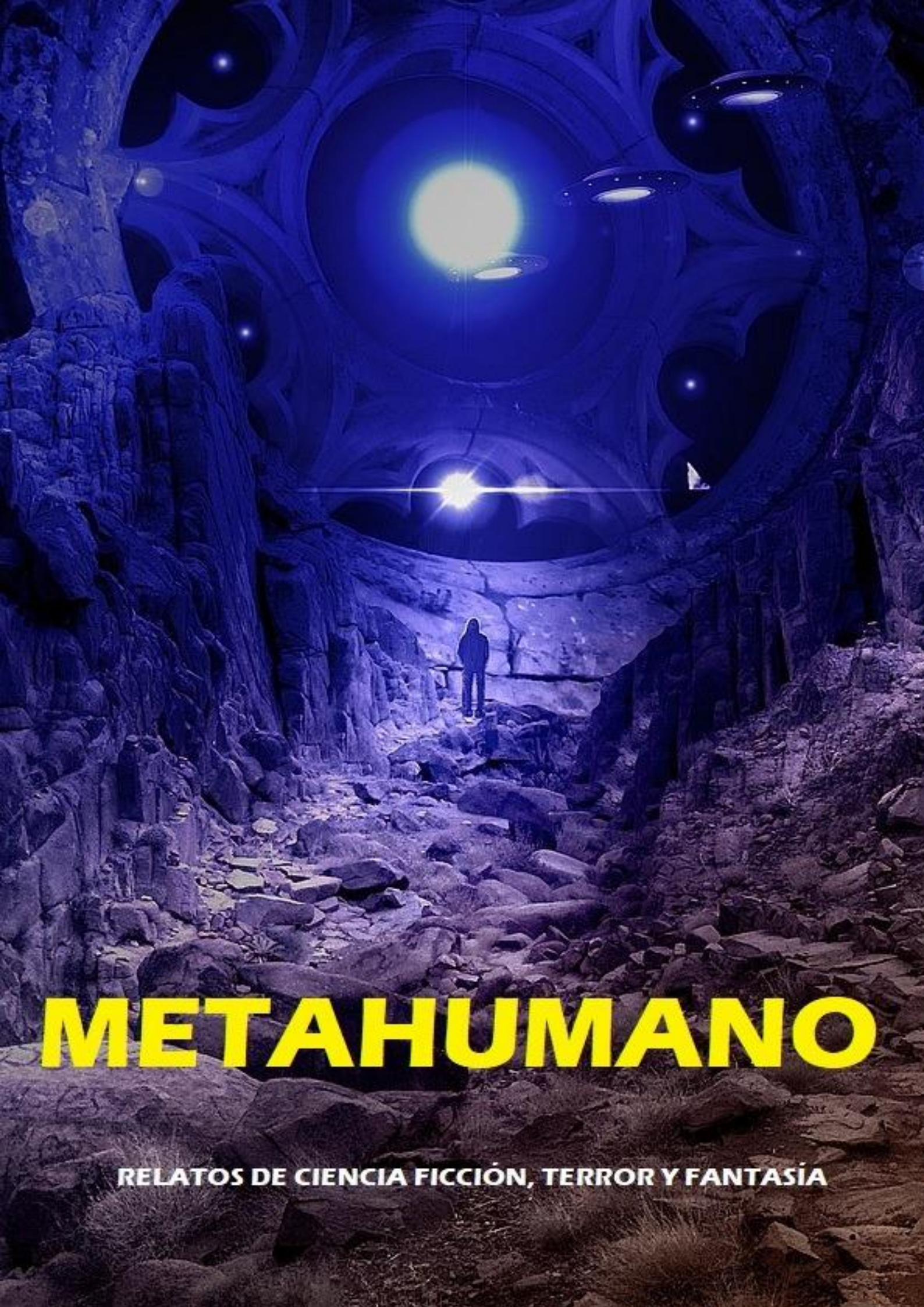

METAHUMANO
RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN, TERROR Y FANTASÍA

METAHUMANO, revista de ciencia ficción, terror y fantasía.

Todos los relatos presentes en este número y las ilustraciones correspondientes son de sus autores.

Editor: Dan Aragonz

Colaboración especial: Anabela André Carbalho

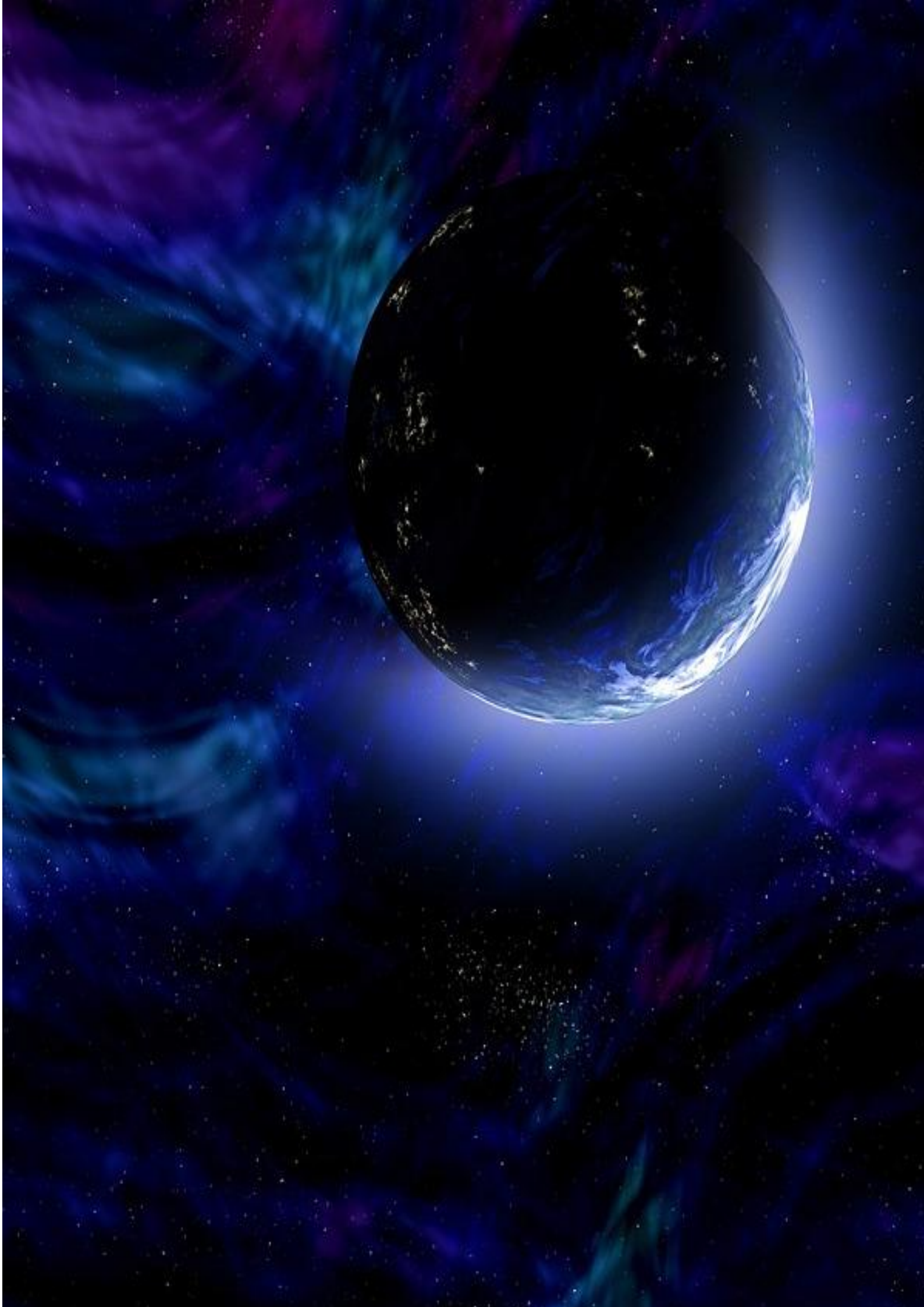
Agradecimientos a Canela Gomes.

EXTRATERRESTRES

ÍNDICE

CONVERTIDOS EN EL SUEÑO Hori Abarca 9
DESAYUNO ENCANTADO Mauricio del Castillo 18
DESPIERTA Álvaro Morales 28
CORDONES Jose Ángel Conde 34
LA PRINCESA DEL ALBA Antonio Arjona Huelgas 37
LA MÁQUINA Alan Cruz 44
STAN Isabel Santos 54
UN PRINCIPIO DE INVASIÓN Manuel José Sierra Hernández 60
Союз Israel Montalvo 67
JAMES GRAY Merche Jiménez 72
LLEVÁNDO EL FUÉGO Emilio Vilaró 82
PRIMER CONTACTO Ricardo Manzanaro 89
LOS LINDOS Y LOS FEOS Adhemar Terkiel 93
UN TIEMPO LEJANO Mawrur 104
CÓMO INICIAR UNA CONVERSACIÓN CON EXTRATERRESTRES María Zapata Clavería 109
LA SOLUCIÓN MÁS EFICAZ Andrés R. Soto Valencia 112
UN EXTRAÑO SENTIDO DEL PUDOR Marcelo Medone 117
UN ACTO DESOBEDIENTE Carlos Enrique Saldivar 124
VIVEN BAJO LAS PIEDRAS Dan Aragonz 129

METAHUMANO



CONVERTIDOS EN EL SUEÑO
Hori Abarca

– ¡Capitán! ¡Lo hemos encontrado, Capitán!

Un parpadeo. Al oír aquellas palabras su cuerpo se congeló y fue invadido de una ola de júbilo. Tuvo que usar todo su esfuerzo para mantenerla bajo control, para no descongelarse de golpe y romperse en felicidad incontrolable.

Lo habían logrado, al fin lo habían logrado. Su mente se repetía lo mismo mil veces, y al mismo tiempo se debatía entre creérselo o no. En la infinidad del espacio, comenzaba a pensar que las estrellas, los planetas, la compacta y multifuncional nave, y su tripulación era lo único que existía. Fuera de la nave, sólo la soledad e infinidad del Universo. Y, aun así, estaba el aviso.

– ¿Es cierto, Briggs? ¿Comprobaste de todas las maneras posibles? ¿Seguiste el protocolo? –el Capitán se lo decía casi a sí mismo.

–Cada paso, Capitán. Mírelo usted mismo.

Asintió, y se dirigió donde Briggs. Los tres miembros restantes de la tripulación también se habían reunido alrededor de Briggs, que a través de múltiples controles táctiles en su silla y en el panel de control manejaba la imagen que proyectaba la gran pantalla que tenía frente a él. Era la imagen que uno de los cuatro telescopios de alta gama observaba. Cuando el Capitán le puso atención, sus ojos entrenados empezaron a comprender la imagen. Era un planeta, en un sistema solar a menos de un año luz de distancia. El filtro de visión lumínica mostraba el lado oscuro del planeta, que al hacer el suficiente zoom mostraba miles y miles de puntos luminosos, siguiendo una línea y concentrándose en varias zonas a lo largo. El Capitán estaba hipnotizado ante la imagen. Había visto eso mismo muchas veces durante su entrenamiento en la Tierra, desde la Luna. Eran ciudades, a lo largo de una costa o algo similar.

Sujetó con fuerza el cabezal de la silla de Briggs, conteniendo su emoción.

–Es luz artificial, de verdad es luz artificial –el Capitán no podía quitar la mirada del maravilloso río de luz que tenía en frente–… después de noventa y cinco viajes en criogenia, ahí están… los hemos encontrado.

–Así es, Capitán –Briggs dejó los controles y se levantó de su silla, observando el planeta en la imagen–. Sólo falta comprobar un par de filtros de visión y controlarlo un par de días más para asegurarse que no es una anomalía, pero podemos decir que la misión ha sido un éxito.

–En la Tierra no van a creérselo –dijo el miembro de la tripulación a la izquierda de Briggs–. Han pasado casi cien años para ellos, me pregunto si nos darán por muertos en este punto.

–Es posible, Halls –le dijo el miembro de la tripulación a su lado–. Después de todo, entre tanta criogenia, para nosotros sólo se han sentido como dos años, y ochenta y siete años luz de distancia… aunque la Señal de Vida nunca se ha apagado. Como mínimo seguirán monitoreándonos.

–Entonces recibirán el mensaje si lo enviamos, Roberts –el Capitán le asintió y luego se dirigió al cuarto miembro–. Marshall, como nuestro experto en biología y antropología, ¿qué opinas al respecto?

Marshall asintió y tomó el lugar de Briggs en la silla. Con dedos habilidosos usó los controles táctiles y analizó la proyección bajo distintos filtros de calor, radiaciones y emisiones. Cuando terminó, miró al Capitán desde la silla. Todos esperaban su veredicto.

–He revisado los distintos filtros, y preliminarmente la información es convincente –Marshall hizo una pausa, el Capitán y los demás podían sentir la tensión en el aire–. De antes que la expedición comenzara ya habíamos descubierto vida en otros planetas. Pero esta… esta es la primera vez que tenemos pruebas de vida inteligente. Todo parece indicar que poseen una tecnología similar a la que poseíamos por el Siglo XX o XXI.

–Entonces…

–La misión es un éxito, Capitán. Podemos dar el aviso. Monitorearemos unos días para estar seguros, pero los datos muestran que no hay equivocación.

Los ojos del Capitán se iluminaron de felicidad. El resto de la tripulación abrazó a Marshall y gritaron llenos de júbilo, saltando y tironeándose. El capitán estaba al borde de las lágrimas. Eran una de más de un centenar de naves que habían partido en todas las direcciones posibles del vasto espacio desde la Tierra. Criogenia por un año, monitoreo por una semana. Durmiendo un año, controlando el bienestar de la nave y vigilando el mar oscuro lleno de estrellas que los rodeaba. Las naves alcanzaban casi la velocidad de la luz durante la criogenia, esquivaba obstáculos mayores, se detenía y los despertaba automáticamente cuando llegaba la hora de buscar. Bien podrían haberla lanzado no tripulada, pero necesitaban el factor humano para asegurarse millones de veces que estaba funcionando todo bien. Sus seres queridos seguramente ya habían muerto, y sus nietos no los reconocerían. La tecnología habrá avanzado a niveles que no entenderían inmediatamente. Los únicos que los recordarían después de que la emoción del proyecto acabara, serían aquellos que les pagaban por asegurarse que las naves seguían dando las Señales de Vida. Lo habían sacrificado todo para alcanzar aquello que todos creían imposible. Y lo habían alcanzado, lo tenían frente a sus rostros emocionados.

Estaban tan lejos que lo único que quedaba de su hogar era una minúscula estrella que a veces les tomaba días encontrar. El Sol tan brillante, cálido y cercano en la Tierra ahora era un puntito blanco y centelleante, rodeado de millones de puntos más brillantes que él. Las constelaciones ya no existían, con cada viaje cambiaban. Se sentían como los antiguos exploradores de la Tierra, lanzándose al violento e infinito mar para encontrar costas desconocidas, sin saber si volverían vivos. Pero el mar que ellos cruzaban era solitario, adornado de brillo y colores en todas las direcciones, con tonos y formas que nunca habían imaginado que existían. Lo único que les aseguraba que se movían era el cambio

en las estrellas, y el paso del tiempo. Todo para encontrar el río de luz artificial que habían encontrado hoy.

El Capitán se sentía emocionado, aliviado, cansado y recompensado. Pero por sobre todas las cosas, se sentía feliz. Lo habían entregado todo, y a cambio recibían el más grande regalo entregado a la humanidad hasta la fecha. El regalo de saber que no estaban solos en el vasto universo, que podrían compartir la inmensidad del espacio con otros seres. Que ya no importaba si había un propósito para la existencia de la humanidad, si se podía compartir esa soledad incomprensible con alguien más. Era un sentimiento que lo invadía tan profundamente que sentía que iba a llorar incontrolablemente en cualquier momento. Briggs y Marshall ya lo hacían, y él estaba a punto. Se acomodó el traje multifuncional azul y dio un largo respiro, mirando al techo de la nave.

Su noticia daría inicio a una nueva era para todos. Tan grande como fue el descubrimiento de América, o el descubrimiento de vida en otros planetas. No, incluso más grande que eso, infinitamente más. Los recibirían como héroes, los admirarían, quedarían registrados para siempre en la historia como aquellos que le demostraron al mundo lo que todos creían imposible. Harían…

–Capitán –la voz de Halls lo sacó del trance–. Capitán, ¿damos el aviso? Llegará en unos cien años, pero definitivamente llegará antes que nosotros.

Dar el aviso. Con sólo presionar un botón el curso de la historia se alteraría para siempre. Habían descubierto extraterrestres *inteligentes*, y sólo ellos lo sabían. Miró otra vez el río luminoso en la pantalla, y por primera vez en su ola de felicidad, pensó en ese río más que en él mismo.

–Como nosotros en el Siglo XX o XXI, ¿eh? –el Capitán pensó en voz alta–. Seguramente lo saben, pero más o menos desde esa época que soñamos con lo que hemos encontrado hoy.

–Lo sabemos, Capitán. ¿Qué tiene eso? –Halls lo miraba con confusión e interés.

–Que soñábamos con ser descubiertos, Halls –el Capitán se paseó por el pasillo de la nave–. Soñábamos con que alguien nos dijera que no estábamos solos en el universo. Alguien que nos guiara y nos mostrara una infinidad de cosas que harían que saltáramos al descubrimiento espacial de golpe. A las relaciones interplanetarias, a la vida que tanto soñábamos. Pero nadie lo hizo, y continuamos en nuestra soledad abriendo nuestro propio camino. Y al mismo tiempo le temíamos a encontrarnos con esa guía, que nos dominara o eliminara. Que fueran la pesadilla que nos destruiría.

–Pero aun así lo logramos, incluso con ese miedo encima –dijo Marshall desde su silla.

–Exactamente. Y hoy nos hemos convertido en ese sueño –los ojos de la tripulación estaban fijados en el Capitán–. Hoy tenemos la posibilidad de ser un sueño o una pesadilla para ellos, que sueñan con nosotros. Seremos los padres que nosotros nunca vimos. ¿Seremos los guías que siempre soñamos, o seremos los demonios que tomarán todo, como ocurrió con América o en las pesadillas que tanto temíamos? Si apretamos ese botón, ¿nos haremos responsables del sueño o la pesadilla que será la humanidad para ellos?

La nave quedó en silencio. Los controles parpadeantes y la infinidad del espacio parecían invadir el interior todavía más. La tripulación se miró, y miró la pantalla otra vez, en un silencio que duraba más de lo que debía.

–Con todo respeto, Capitán, eso es una decisión que escapa de nuestras manos –Roberts dijo al fin, mirando al Capitán seriamente–. No tenemos el control para decidir qué seremos para ellos. Eso lo decidirán los líderes.

–Pero tenemos el control para decidir si *existiremos* para *ellos* –respondió, apuntando a la pantalla–, y también si *ellos* existirán para todos nosotros. No sólo alteraremos nuestro destino como humanidad, pero también el de *ellos*. ¿Qué pasa si fuimos descubiertos por otros antes, pero *decidieron* no existir para nosotros, para no alterar nuestra historia? ¿Tenemos algún derecho de alterar la

historia que ellos tendrían si nosotros no apareciéramos? ¿Nos haremos responsables de alterar para siempre la historia de toda una especie inteligente?

–Capitán… entiendo su punto, pero *sacrificamos* nuestra vida en la Tierra para este momento. Para *encontrar* lo que tanto habíamos deseado encontrar por Siglos –Roberts insistía– ¿Nos vamos a detener ahora?

El Capitán ponderaba. Los tripulantes lo miraban, esperando su veredicto. Roberts tenía razón, él lo sabía. Se lanzaron siendo un grano de arena al mar infinito. Siendo aún más pequeños que un grano de arena, siendo un átomo. Viajaron ochenta y siete años luz, y al fin se habían topado con otro átomo similar a ellos. La broma de la estadística estaba frente a ellos. Los extraterrestres de los que aún no tenían idea cómo eran, cómo vestían, qué comían o qué les gustaba hacer estaban allí, teniendo su vida del Siglo XX, soñando con ellos. ¿Dejaría pasar la broma y dejaría que lo improbable lo siga siendo quizá para siempre?

Era demasiado peso para una sola persona decidirlo. Hasta para cinco lo era. Pero tenían que decidirlo, incluso hacer nada era decidir algo en ese momento.

–Capitán –Briggs habló, rompiendo el silencio–. Creo que sé lo que le acompleja, y podemos acercarnos al planeta para observarlo mejor, desde una distancia segura, mientras ponderamos la situación. Pero, ¿no cree que es muy injusto de su parte *negarle* el sueño a aquellos seres, cuando podemos dárselo? Sin importar el resultado, ¿no fantaseamos nosotros con ser encontrados por seres espaciales también? ¿No es esa la razón por la que sacrificamos todo para venir aquí? Además, esto tenía menos de una milésima de probabilidades de ocurrir, y aún así ocurrió. ¿Lo dejaremos pasar en verdad?

El Capitán, sorprendido, miró a Briggs como si hubiera escuchado a su propia conciencia. Su corazón aún no podía tolerar el gran peso de la decisión que debía tomar, pero al menos ahora sabía lo que debía hacer. Después de un largo suspiro, asintió y se acercó a su tripulación.

–Haremos historia, caballeros –les aseguró, confiado–. Viajaremos al Sistema Solar de ese planeta para averiguar un poco más de él, y apenas volvamos a la Tierra enviaremos el informe para que llegue unos cinco años antes que nosotros. Estando tan lejos y sin potenciales recursos, debería ser inviable explotarlo de alguna manera, y creo que aprendimos lo suficiente como para respetar otras culturas y formas de vida. Sólo los investigadores y diplomáticos más dedicados sacrificarían su vida en la Tierra como nosotros lo hicimos, para venir aquí. Halls, llévanos a ese Sistema a velocidad tolerable fuera de criogenia.

–Sí, Capitán, ahora mismo –Halls cruzó rápidamente el pasillo y se sentó frente a los controles motores de la nave.

–Los demás a sus puestos, reúnan todos los datos que puedan a medida que nos acercamos.

El resto de la tripulación asintió y se dirigieron a sus puestos de trabajo. El Capitán sintió cómo la nave vibraba, como si se estuviera moviendo, pero por más que mirara por las pequeñas ventanas las estrellas seguían allí. No había pista externa de que se movían, además de los controles y medidores que adornaban el cuarto de mando.

Por alguna razón, mirar el vasto espacio y las millones de estrellas que rodeaban la nave ya no le hacían sentir solo o desamparado. Sin saber si iban hacia arriba, o hacia abajo, pero teniendo claro que una dirección los llevaba a la verdad. No estaban solos en la infinidad del Universo. Nunca más lo estarían.

DESAYUNO ENCANTADO
Mauricio del Castillo

El capitán Francisco Escalante terminó de revisar el reporte del equipo de exploración. Laxell, primer oficial, lo miraba con cierto temor. Había en su rostro un gesto expectante.

— ¿Ninguna señal de vida? —preguntó el capitán—. ¿Para esto hemos recorrido tanto camino?

Laxell se pasó una mano sobre su cabello rubio y dijo:

—Las probabilidades son muy bajas. Tal vez algunos tallos creciendo en fisuras. Pero nada comestible. Todo lo que se adapte a estos medios ambientes será tóxico y nocivo.

El capitán Escalante disimuló su fatiga. Entró con paso lento a la cabina de control. Dejó vagar su mirada a través de las paredes de plástico transparente, justo detrás del equipo de navegación. Sacudió las hojas de papel metálico con los informes.

—Estas cargas no valdrán nada si no alimentamos a toda la tripulación —dijo. Se dirigió al oficial Laxell—: Que el equipo de exploración proceda a un sondeo total e infórmeme de los resultados por los conductos habituales.

Laxell sintió un ambiente tenso y dijo:

—Tal vez debemos abandonar cuanto antes este cuadrante, capitán. Lo he calculado con la computadora. Aún tenemos tiempo de abordar en Secularis y alcanzar a proveer a la tripulación de una nueva carga de víveres.

— ¡Eso es inaceptable! —exclamó el capitán Escalante—. Aún falta por explorar más planetas. En ellos puede haber materiales y, con algo de suerte, tal

vez podamos encontrar algo que sea comestible. —Entrelazó sus manos y estudió el problema con una profunda meditación.

Querían regresar, no podían aguantar más.

Los informes eran iguales que los cuatro anteriores. Atmósfera aceptable y libre de microorganismos peligrosos, índice de bacterias nulo, gravedad óptima. Sin embargo, formas de vida vegetal y animal eran inexistentes. Los planetas eran desolados y secos, rocas flotantes con atmósfera o lava. Muy lejos de parecerse a un paraíso.

Debían regresar. Después de dieciséis meses en la atestada y caliente nave espacial, Escalante sabía que se enfrentaría con un motín si no lo hacía. No quería ser el causante de hacer estallar un polvorín.

—De acuerdo —dijo—. Regresaremos a Secularis, no sin antes explorar el último planeta. Sólo quiero asegurarme de no perderme de algo muy valioso.

—Informaré al equipo científico —dijo Laxell.

El capitán Escalante cruzó los brazos sobre el pecho. Enseguida bajó las manos hacía su vientre no sin antes sentir sus salientes costillas. Sus pómulos comenzaban a saltar de su rostro otorgándole una apariencia por demás demacrada. Los dedos de sus manos se asemejaban a largas ramas de un árbol marchito.

El equipo científico se mantenía agrupado en sus laboratorios, convencidos de que el cerebro trabajaba mejor con el estómago vacío. Pero Laxell pensó que en poco tiempo dejarían de pensar con coherencia y terminarían haciendo alguna infamia para satisfacer su hambre.

Masticó una goma de mascar para mantener apartada la sensación de apetito.

— ¡Atención! ¡Tenemos vista! —dijo el doctor Fountaine, líder del grupo científico, luego de localizar un planeta.

El capitán Escalante se inclinó hacía el monitor.

—Está bien —dijo—. Supongo que ustedes quieren examinarlo algo más.

—Desde luego —afirmó el doctor Fountaine—. Su color tiene un aspecto orgánico. Posee abundante vegetación; su atmósfera no resultará un problema para los trajes.

Escalante asintió.

— ¡Laxell! —gritó. El ayudante se acercó en largas zancadas a la cabina—. Quiero un informe detallado de las características de este planeta. Dirija una nave de exploración y ordene su descenso.

—De acuerdo, señor —respondió Laxell con un hilo de voz. Armó en minutos un equipo de exploración con los hombres mejor entrenados.

Después de una hora obtuvieron una idea general de la composición del planeta: tres g's de gravedad, oxígeno al cincuenta por ciento, amoniaco en un veinte por ciento, vida vegetal en abundancia y un sorpresivo 0.5 por ciento de vida animal existente.

El capitán Escalante se dirigió con euforia al primer oficial Laxell:

— ¡Podemos alimentar a toda la tripulación!

—Puede tratarse de especies compuestas por sustancias tóxicas, capitán.

—Eso lo determinarán los nutriólogos.

—Capitán —habló el doctor Fountaine—, la computadora tenía razón. Hay vida. Por desgracia la flora es altamente tóxica. No hay forma de descomponer su toxicidad y no tienen la más mínima porción alimenticia.

— ¿Y qué me dice de la fauna? —preguntó el capitán Escalante.

—Sólo hemos hallado una especie. Se trata de… huevos.

— ¿Huevos? —repitió Laxell.

—Así es. No puedo determinar de qué clase sean. Son bastantes. Al parecer han sido abandonados en este planeta ya que no hay señales de sus criadores.

Al arribar a la zona de embarcadero, el capitán Escalante y el primer oficial Laxell felicitaron al equipo de exploración. Los huevos habían sido encontrados en una caverna profunda. Los nutriólogos examinaron profundamente las propiedades alimenticias de los huevos y llegaron a la conclusión de que eran comestibles.

El capitán Escalante tomó uno entre sus manos:

—Me pregunto a qué tipo de criatura pertenecen.

—*A los !knat* —respondió una voz—. *Obviamente en estado de gestación.*

El capitán soltó una risa y dijo con desprecio:

—Eso es ridículo. ¿Quiénes pudieron abandonar miles de huevos de !knat en este planeta?

—*Nuestros padres, desde luego.*

El capitán soltó el huevo. Hubo un repentino silencio. Todos miraron sorprendidos al huevo rodar en círculos sobre el suelo. Al detenerse, transmitió a sus mentes:

—*Tenga cuidado. Somos muy frágiles. No querrá vernos fuera de nuestros cascarones, se lo aseguro.*

El capitán tragó saliva y preguntó:

— ¿Por qué?

—Los destrozos en la bahía de Yuste —informó Laxell en voz baja—. ¿Recuerda? Un huevo rompió su cascarón y emergió un monstruo, un ser abominable. A partir de ahí fueron expulsados del Sistema Solar.

—*Me parece que se equivoca, joven* —radió el huevo de !knat con un claro tono de indignación—. *Era su momento de nacer. Así de simple. Por nuestra*

parte, aún falta mucho para que alcancemos ese estado. No quiera confundir a la gente si no sabe de lo que habla.

—Cambian muy fácil de humor cuando desean algo y no lo obtienen —explicó Laxell.

Todos y cada uno de los miembros de la tripulación observaron la llegada de cientos de contenedores que alojaban a los huevos de !knat. Subieron por la rampa y fueron conducidos a las bodegas de víveres.

— *¿Serían tan amables de explicarnos por qué nos sustrajeron de nuestra morada?*

—Tenemos hambre, amigo —contestó el capitán—. Ustedes serán el desayuno una vez que nos sentemos a la mesa.

—*Eso no es posible. Nuestros progenitores regresarán a la caverna; en cuanto sepan que no estamos ahí se molestarán. Además, está el hecho de que…*

—No te preocupes —interrumpió el capitán—. Ya habremos partido cuando eso suceda.

Los platillos fueron servidos a los primeros oficiales. El capitán Escalante soltó un suspiro alegre.

—Qué bien huele. ¿Qué dice usted, oficial Laxell?

El aludido miró con sospecha su plato de huevos rellenos. Había algo en él que no le gustaba.

—Ese huevo quiso decirnos algo. Pero nosotros no lo escuchamos.

—No era nada, oficial Laxell. Un tonto pretexto para no ser devorado. —Escalante untó un poco de pate de !knat sobre una rebanada de pan, se lo llevó a la boca y, luego de masticarlo, lo tragó con gusto—. ¡Está exquisito!

Cada uno de los oficiales hizo lo mismo. Al poco tiempo intercambiaron impresiones sobre la comida. No había ningún otro platillo que pudiera comparársele en toda la galaxia.

Lejos de insistir, Laxell probó un bocado. Para su paladar y estómago se trataba de un manjar de reyes. Para su conciencia era sólo el principio.

A los tres días, el propio Laxell tuvo que retomar los controles de la nave debido a que el capitán Escalante había sufrido una fuerte jaqueca que le impedía continuar con sus labores de mando. El capitán confió en que Laxell supervisara los trabajos de extracción de minerales en el siguiente cuadrante.

El doctor Fountaine a cargo de la comunicación informó:

—Oficial Laxell, tenemos un problema.

—¿Qué sucede?

—El ingeniero Quintana no responde. Hemos contactado al grupo de mineros y dicen haber perdido su rastro. Señor, nos informan que hablaba… incoherencias.

—Quintana no tiene antecedentes de demencia —observó Laxell.

—Eso no es todo, señor —dijo el doctor—. También hemos perdido contacto con tres hombres que lo acompañaban.

—¡Organicen una búsqueda exhaustiva del ingeniero Quintana y su equipo!

Aquello era suficiente. Sólo esperaba que no se tratara de algo muy serio.

—¡Deprisa! ¡Dirijan una nave de rescate! —gritó a los desconcertados tripulantes.

—Señor, aún no hemos completado nuestras investigaciones… —observó preocupado el doctor Fountaine.

—Eso no importa en este momento. Debemos hallar a Quintana y a sus hombres.

Los científicos lo miraron asombrados. En poco tiempo Laxell había transmitido su preocupación al resto de la tripulación. Se dirigió a los aposentos del capitán Escalante a informar de la emergencia. Para su sorpresa, se encontró al capitán completamente desnudo, sentado en el suelo en posición de flor de loto y con los ojos cerrados.

—¿Capitán? ¿Qué carajos sucede aquí?

El capitán dijo con una voz bastante apacible:

—Hoy tuve un sueño: la entropía está cada vez más cerca. Las energías cósmicas que se propagan por todo el universo agotan su luz. ¿Dónde se encuentra esa luz sino en el propio yo, en nuestro interior, en lo indestructible que cada uno lleva dentro de sí?

Laxell, confundido, lo zarandeó de un hombro y dijo:

—Es Quintana, señor. No lo encuentran por ninguna parte. Hemos perdido contacto con él por el comunicador y…

— ¿Quién eres tú? —preguntó el capitán, sin reconocer a su primer oficial.

— ¡Capitán! No tenemos tiempo para juegos. ¡Es una emergencia!

—Habría que ver cuál es su noción de “emergencia” para que yo pueda determinar una opinión al respecto —fue la respuesta del capitán Escalante. Laxell no podía creer lo que estaba sucedido dentro y fuera de la nave. Ordenó a algunos suboficiales que levantasen al capitán Escalante del suelo y lo metieran a la ducha; sin embargo, continuó con el mismo comportamiento absorto y confuso.

Luego de vestirlo y calzarlo fue arrastrado por los pasillos. Laxell no tenía idea de qué hacer a continuación.

Cuando llegaron a la cabina, los analistas informaron haber perdido el contacto con los mineros que habían arribado al planeta. Recurrieron a Laxell para determinar la siguiente acción, pero él se limitó a decir:

—Llamen a un médico. El capitán Escalante se encuentra en estado de total demencia.

—La demencia se puede atribuir a diversos factores —explicó el capitán Escalante—: El estrés, algún tumor cerebral, una apoplejía o una simple lesión en el lóbulo frontal derecho.

Los analistas comenzaron a entrar en pánico.

Laxell recordó las palabras del huevo de !knat y dijo:

—Ha sido la comida. De alguna manera debió tener algún elemento alucinógeno. Los doctores se concentraron tanto en su valor nutrimental que olvidaron el factor neuronal.

—No me siento bien —dijo uno de los analistas. Se despojó de su ropa y al momento sintió ánimos de tener una plática profunda con el capitán Escalante. Lo mismo hizo el resto ante la mirada horrorizada del oficial Laxell.

—Dios, ¿cómo detenerlo? ¿Qué…? —El primer oficial Laxell movió la cabeza, confuso. Dudó por un momento y con un aire más filosófico se preguntó a sí mismo—: ¿Quién soy yo?

Se despojó de sus ropas y se unió al círculo alrededor del capitán Escalante. En cada rincón de la nave se repetía la misma escena. La alerta, la emergencia, el llamado de los doctores y la supuesta epidemia se habían reducido a una descomunal tertulia en la que se trataba de determinar el papel de los hebreos en la historia.

La nave zumbaba en curso directo hacía el infinito.

DESPIERTA
Álvaro Morales

Algo anda mal. He pasado a velocidad. Poco a poco me freno, a un ritmo lento pero tan diferente que lo percibo. Es esa sensación de estarse metiendo en un embudo que solo puede significar problemas. De alguna forma abandono el pulso galáctico; un cuerpo azulado me atrae. Ha ocurrido algo inesperado, pero predicho. Las fuerzas de los sistemas planetarios no siempre se comportan como se espera, pero cualquier situación ya ha sido calculada. No hay lugar para la sorpresa. De modo que me dejo llevar.

Compruebo la integridad de mi preciada carga. Se encuentra intacto dentro de su vaina metálica con forma de semilla. Duerme desde hace tanto tiempo que ambos, por motivos diferentes, ignoramos cuánto. Para él pudo haber transcurrido un instante, un destello turbio entre luces, algo similar a un sueño intenso, para mí pudieron derretirse los siglos o incluso los milenios. Desconoce que hemos estado cerca del reinicio. Ahora no me concierne valorar nuestro futuro, tan sólo asegurar el momento presente, pero no volveremos a ritmo galáctico. Lo mejor que sea, ocurrirá en ese globo azulado.

Su atracción me va frenando a medida que me acerco. No puedo ver nada de esto pero lo entiendo. Las posibilidades y ecuaciones dentro del marco predicho permiten dilucidar la realidad y no otra cosa. El marco ha sido establecido por los dioses, de modo que otra cosa sólo podría ser un sueño o una fantasía. La única forma en la que el impulso galáctico pudiera romperse debería relacionarse con la intervención de una fuerza que no ha sido calculada al principio, y esto ocurre por ejemplo cundo chocan planetas en algún lugar del recorrido; porque las estrellas no explotan de forma tan inesperada.

Aguardo el impacto. O el deslice.

Teniendo en cuenta su gran porcentaje de agua líquida lo más probable sería caer en un océano. Pero no. El casco exterior se enciende al rojo vivo apenas

antes del punto de fusión. La roca se derrite alrededor nuestro y la inercia se acerca a cero. Activo el impulso anti-gravitacional y resisto el pequeño empujón. Siento como me deslizo con suavidad, como una gota de lava en el océano. Me desprendo de la última capa, la dejo caer. En contrapartida me elevo y floto por el aire. Veo por primera vez la línea verdosa del horizonte. Hacia abajo la planicie de color naranja se extiende en todas direcciones. Surgen columnas de humo desde numerosos puntos. Miro hacia el cielo. No somos lo único que está cayendo. Veo allá arriba la continua lluvia de escombros que nos acompaña. Surcan el cielo como lenguas de fuego. Me vuelvo a dejar llevar, pero tan sólo hasta tocar el suelo.

Mi carga aun duerme. Lo he suprimido todas las veces que ha intentado tomar conciencia. Triangulo mi posición entre las estrellas. No es que pueda hacer algo al respecto pero me gustaría saber dónde estoy. Los datos son contradictorios. Dos de los gigantes gaseosos que equilibran el sistema planetario han permutado sus órbitas y un tercero ha salido disparado. Todas las piezas se están acomodando. Una ola de pequeños asteroides se ha desatado por todo el sistema. Lo que haya iniciado el movimiento excepcional es lo mismo que contradice mis triangulaciones.

Calculo bien dónde descender. La lluvia de fuego me sigue de cerca y debo proteger la carga con mi existencia.

Toco tierra cerca de un cráter recién abierto. Comienzo a correr al instante, pero no dejo de mirar sobre mis espaldas. Enciendo algunos de los propulsores y esquivo otro impacto. En esta situación extrema lo primordial es el ahorro energético. Llegado el caso podría suprimirme y mantener a mi carga en su dulce sueño durante mucho tiempo. Pero esta no es la idea. Ahora lo imprescindible es sobrevivir. Me dirijo hacia un grupo montañoso. En la otra dirección, en la distancia que lleva al mar, creo ver las formas de lo que puede ser los restos de una ciudad en ruinas. Esquivo los latigazos de fuego y alcanzo el borde de un precipicio, una cicatriz retorcida en el monocorde paisaje. Planeo sobre la distancia. Tomo impulso y alcanzo la primera roca de la cordillera.

El sol se ha perdido detrás del macizo y a pesar de ser ya noche el valle brilla en un sinfín de brasas ardientes. Las columnas de fuego surcan cada tanto el cielo poblado de humo. Al amparo de la pared de roca recálculo mis posibilidades ya que eso es lo que nos distingue del resto de la creación, la capacidad de prever con acierto lo que va a ocurrir. El proceso lleva un tiempo, lo suficiente como para que el sol vuelva a alzarse esta vez detrás de un pesado manto de humo y ceniza. Su disco amarillo se deja ver a intervalos entre las densas nubes. Al final entiendo dos cosas. Dentro del monte más alto de la cordillera hay una fuente de energía poderosa, una de las piedras negras que los dioses diseminaron por la galaxia justo antes del primer desorden. Y por otro lado algo contra intuitivo, que cada vez caigan menos brasas del cielo no es un buen signo. Todo lo contrario, algo bastante más grande desciende en silencio hacia el océano y ha apartado los escombros. Pronto traspasará las nubes e inundará el mundo entero. La forma más coherente de tener éxito es refugiarnos junto a la fuente de energía y esperar en animación suspendida hasta que la situación sea más favorable.

Cuando alcanzo la roca escucho el impacto. Mi cálculo por supuesto ha sido infalible. Las hojas se desprenden de los árboles y el cielo se vuelca contra la tierra. Agua, piedra y aire parecen confundirse. Derrito la roca en línea recta hasta la fuente y allí aguardo a que la tormenta amaine, a que el agua retorne a sus cauces y a que reverdezca la planicie.

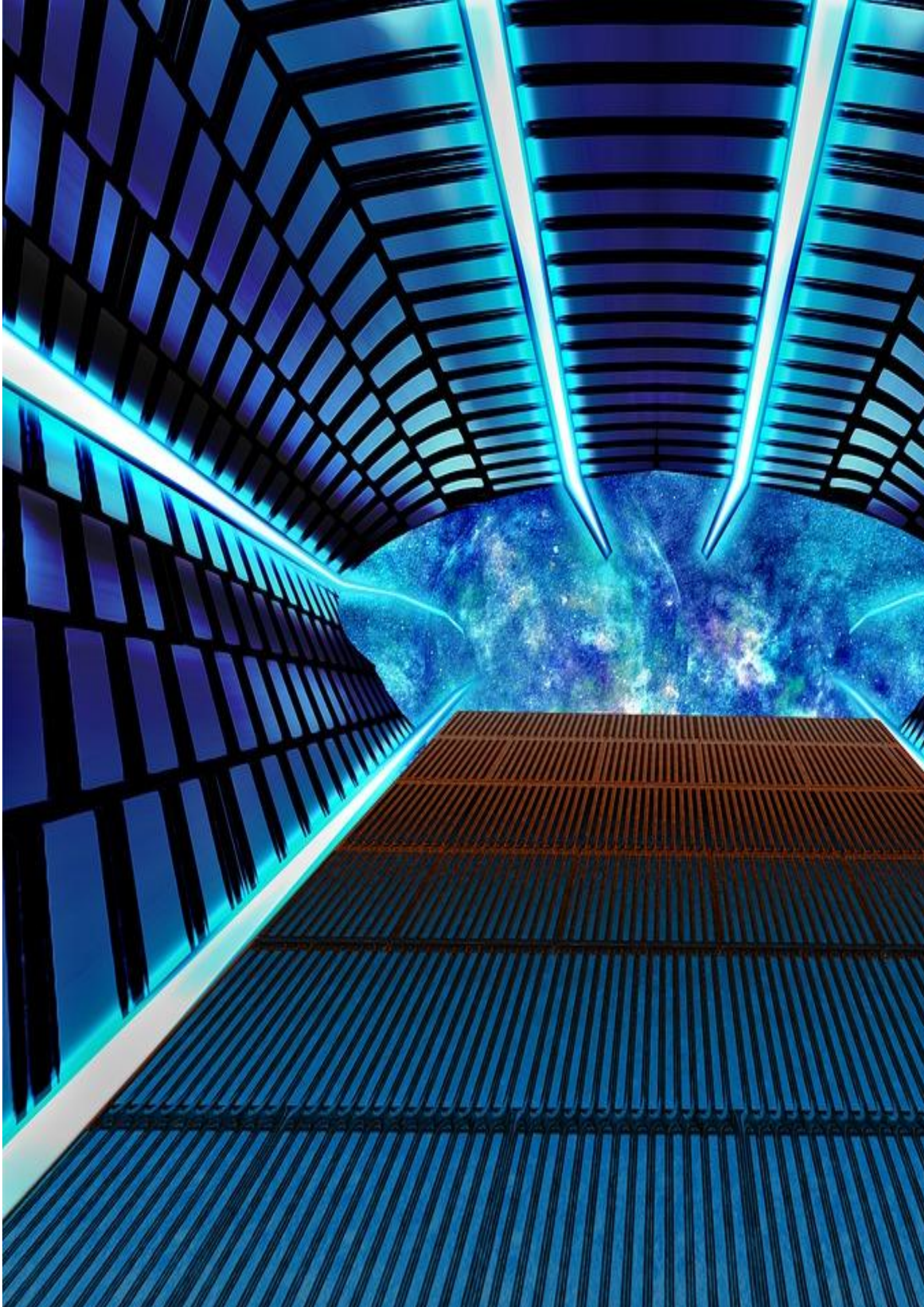
Hace un tiempo el marco de posibilidades indicó una vertiente favorable. El mundo se ha estabilizado.

Crucé los desiertos y dejé atrás las altas cordilleras. Comprendí la naturaleza de este globo azulado, los misterios de su arcana arquitectura. Era imposible saber dónde me encontraba por una única razón. Por más que triangulara nunca lograría saberlo. Se trata de un mundo viejo, borrado de los patrones que definen el movimiento de la galaxia. Un mundo reubicado. Un lugar especial, ya que tan sólo los evacuados por los dioses han sido borrados de los catálogos. De otra forma la diseminación carecería de cometido.

Mi carga hasta hoy duerme. Lo he nutrido más que nada de la piedra negra, pero también de elementos que he extraído de la tierra misma. A nuestro

alrededor se ha construido un gran templo que nuclea la energía del mundo entero. Una gran civilización se ha derramado sobre las praderas y sobre los mares casi que siguiendo nuestro recorrido. De alguna forma los habitantes, a los que llamaré hombres, han intentado imitar la montaña cónica que durante tanto tiempo nos dio cobijo. Luego de un tiempo, un anillo de templos con forma de montaña abrazó al mundo.

Y en su centro tomamos lugar. Y ahora toco la vaina y se sacude en su interior. Permito que se abra. Hace mucho se ha acostumbrado a la composición del aire y del suelo, por lo que intenta despertar. Sostengo su alargado rostro e injerto los últimos nutrientes entre las plumas de su nuca. Su pecho se infla, aprieta con fuerza las manos y abre los ojos, negros, profundos y rapaces. Se levanta altivo. A su alrededor, esfinges de piedra de formas aquilinas imitan su porte. En un último instante previo a la plena consciencia suspiro en sus oídos: Tú, que sales de la oscuridad. Eres la luz. Dios del sol, levanta tu carro hacia el cielo. ¡Despierta, Ra! ¡Despierta!



CORDONES
Jose Ángel Conde

El gobierno supremacista mundial estableció una política sin contemplaciones con respecto al contacto extraterrestre. Después de décadas de inestabilidad política, guerras, cataclismos y epidemias, el partido emergente consideró que la Tierra debería emprender un "esplendido aislamiento" galáctico para garantizar su propia supervivencia interna. Por eso, cuando aparecieron los haianos la reacción primera de las tropas exteriores fue la de una "disuasión agresiva" que, malinterpretada o no por ambas partes, desembocó en una extraña guerra de periodicidad quinquenal en la que las ofensivas y los objetivos nunca estaban claramente definidos. Sea como fuere, el partido mundial ordenó el despliegue del Cordón Galáctico para establecer un perímetro o muro defensivo alrededor del Sistema Solar, mientras en el interior se intensificaba la propaganda antihaiana.

Transcurrido más de un siglo, el conflicto haiano entró en una fase de estancamiento en la que las tropas de las naves que componían el Cordón, desinformadas, desmoralizadas y en permanente estado de alerta, se fueron distanciando cada vez más del planeta madre. Entonces se originó en la Tierra el que después se llamaría virus *Selachos*, puesto que llevó casi sesenta años identificar sus causas y naturaleza, después de que hubiera exterminado a prácticamente la mitad de la población mundial. El nombre de la patología se debía a que era una pandemia surgida a raíz de la extinción de los escualos por la sobreexplotación indiscriminada y la masiva contaminación de los mares. A falta de más datos, se concluyó que las distintas especies de tiburones emitían un tipo de feromona contenida en el cordón umbilical de las crías que influía en la oxigenación de los océanos hacia la atmósfera, cuya carencia generaba a su vez un bacilo que en los humanos se manifestaba mutando en enfermedades degenerativas y cambios hormonales de carácter mortal. Los científicos,

trabajando a la desesperada, acabaron certificando que la única solución procedía de las estrellas: los haianos eran una especie alienígena cuya anatomía aparecía como el resultado de una evolución de los tiburones hacia el estado homínido, por lo que las posibilidades de que su organismo paliara la pandemia eran muy altas.

Mientras el virus *Selachos* se extendía de forma exponencial, el Secretario Médico Mundial aterrizó con su nave en el Palacio de Audiencias de la capital Nueva Hiboria. Sus palabras cuando se presentó ante el Consejo Mundial fueron tajantes:

-Tenemos que negociar con esas “mandíbulas”.

LA PRINCESA DEL ALBA
Antonio Arjona Huelgas

La caída del dominio humano fue sorpresiva. Nadie pudo haber esperado una derrota semejante. Dos días bastaron para que cada uno de los gobiernos del mundo cediera su poder a los invasores. Los reyes de la tierra perdieron su voluntad, el narcisismo adquirido como especie con el paso de los siglos, rápido, vertiginoso, cruel y, por sorprendente que parezca, sin cambio alguno para el estilo de vida de la mayoría… en apariencia. Todo ser humano recibió el choque de la conquista y tuvo que readaptarse a su vida diaria al día siguiente, como si nada hubiese pasado.

¿Cómo fue esto posible? Para quien no estuvo al tanto del desarrollo de la Campaña de Readaptación Sistemática, e incluso para quienes estuvieron, las cosas parecerían confusas, pero bastaría analizar la propia estructura social de la humanidad, y la forma en que opera el sistema económico a nivel global para saber que las condiciones estaban dadas. Las dinámicas de producción humana les permitieron aprovecharse del mismo para obtener la riqueza del planeta, sus recursos y valerse de las formas de producción ya implantadas. Los organismos internacionales, los medios electrónicos y la dinámica de un mundo capitalizado permitieron el libre aprovechamiento de los individuos como mano de obra. Asimismo los defectos más graves de la democracia. Con semejantes condiciones, la cultura Occidental, hegemónica en nuestra especie, y sus ideales progresistas sólo representaron bases convenientemente sólidas para la creación de un modo de explotación a nivel planetario. Dada la forma de dominio utilizada, difícilmente algún sistema humano creado hasta la fecha hubiera evitado nuestra derrota, aunque muchos ingenuos se aferran a esa idea. Quizá la solución estaba en la anarquía.

Los extraños, como los llamamos quiénes aún nos oponemos, infiltraron a varios de sus miembros entre los seres humanos, a través de una compleja tecnología que les permitía modificar su código genético, al punto de transformar

a varios de sus integrantes en versiones casi idénticas de la especie terrestre dominante. La manipulación en los genes les permitió incluso causar mutaciones en los seres vivos, y en ellos mismos, dando lugar a unos híbridos humano-extraños. Los problemas humanos les brindaron la fuerza para concretar sus planes, no requirieron de abducciones, ni de planes o acuerdos secretos, ni siquiera de acciones bélicas. Casi todo estaba en su lugar. La humanidad contenía su propia derrota.

Es probable que su control iniciara antes de las respectivas declaraciones. Así, cuando se dio la impactante noticia, era muy tarde para cambiar algo.

La clave fue la infiltración y el aprovechamiento de las debilidades terrestres. Sin embargo, se valieron de otras estrategias. Sabían que no sería fácil que los humanos aceptaran la derrota, más aun con la resistencia natural que algunas culturas o pueblos habían mantenido contra la imposición de la forma de vida occidental, unos más violentos que otros. Desde pueblos indios de distintos puntos del continente americano, o los intentos por el lado de ciertos individuos occidentalizados por restaurar viejas culturas, y, por el lado contrario, las formas más agresivas: desde rebeliones hasta los ataques terroristas.

La mismísima libertad de expresión había sido manipulada en favor de los intereses de unos cuantos, valiéndose de la ignorancia a la que habían sometido a tantos. Para ello los medios de comunicación, la publicidad, la propaganda, y el ingenioso diseño de una estrategia político-económica. Ingeniería social en su estado más perfecto. Esto, en casos normales, tenía como peores repercusiones para el sistema los movimientos sociales, las marchas y huelgas, que representaban un obstáculo permisible, y en ocasiones conveniente para los intereses de dichas personas. Los extraños se valieron de este recurso, así como de los conflictos entre distintos niveles de poder, para justificar su control y mantener su dominio. Ofrecerían una recompensa que había sido inalcanzable para la humanidad hasta entonces, un jugoso e inevitable regalo que pocos dudaron en aceptar: la aparente solución a los problemas del mundo.

Se permitió a los humanos mantener su cultura, incluso se promovió la recuperación de la memoria indígena y la autonomía política de grupos

divergentes. Por supuesto, reemplazaron de forma discreta a cada líder de cada etnia por un integrante de los extraños, y a ciertos individuos clave en su organización.

El terrorismo fue borrado del mapa, sus grupos fueron infiltrados y exterminados. La tecnología alienígena les permitió mandar un pulso con efectos neurológicos que destrozaba las funciones del cerebelo en individuos subversivos. ¿Esta arma era tan perfecta para dar fin a individuos violentos, terroristas y malnacidos únicamente? No, pero a nadie le importaba, los monstruos que atentaban contra la seguridad y estabilidad social estaban muertos. ¡Problema resuelto!

Se permitió que se pusiera en duda el dominio extraño, mandaron representantes para que oyeran nuestras quejas, y aceptaron entre ellos a ciertos humanos que fungieran como la voz y voto de los nacidos de la Tierra. Inclusive, hubo supuestos miembros de su raza que pugnaban, de forma pasiva, en favor de los humanos y su forma de vida. Los primeros movimientos sociales que actuaron contra los extraño fueron los más radicales. En éstos surgió el mote de <<extraños>>. Uno efectuado en Beijing fue en particular efectivo: lograron avanzar hasta el sitio donde se declaró la tregua con los extraterrestres y estaba la Embajada de Contacto Progresista Interplanetario. Los ciudadanos chinos sintieron que habían recuperado su país, más poco les duraría la victoria.

Los extraños desplegaron un arma compleja sobre la estratósfera, que reaccionaba en conjunto con la propia gravedad del planeta, consiguiendo manipularla en puntos generales o específicos. Los rebeldes chinos fueron literalmente aplastados.

En una semana, todo intento por rebelarse fue cesado.

Con el fin de contentar a la valiosa mano de obra de la Tierra, los extraños ofrecieron la posibilidad de enfrentar la sobrepoblación, permitiéndonos vivir en otros territorios gobernados por nuestros nuevos amos, como supuestos miembros de su sociedad; ya como ciudadanos, ya como esclavos con privilegios. Se permitieron las quejas y las huelgas, siempre y cuando no

representaran un problema para ellos. Al final, quiénes más atacaron a los movimientos de liberación fueron otros humanos.

La opinión de los sirvientes fue atendida con la única intención de una óptima realización del trabajo. Hubo mejores salarios y condiciones laborales, y se intentó eliminar las injusticias sociales en la medida de lo posible. Sin embargo, los fallos fueron utilizados para hacer ver a los humanos como responsables de estos y de otros problemas, pues tenían origen antes de la llegada de los extraños.

Mientras tanto, los llamados "*excedentes humanos*" fueron enviados como esclavos que trabajaban reparando maquinaria y extrayendo recursos en otros planetas. Fue necesaria la modificación genética, con el fin de enfrentar las difíciles condiciones de atmósferas extrañas. Esto no evitó la muerte de poco más de una tercera parte.

Los recursos renovables y no renovables de la Tierra sirvieron a los intereses de los extraños. Nuestra Madre Tierra fue violada.

El estudio de las ciencias sociales fue abandonado gradualmente, al punto en que se dejaron de impartir en la mayoría de los países del mundo. Poco a poco, las novedades de la cultura extraterrestre cebaron los intentos de los terrestres por oponerse a sus captores.

Al parecer entre nuestros invasores existían dos individuos poseedores de habilidades especiales. Nuestras fuentes nos informaron sobre uno de estos personajes, autodenominado el Último, líder de los extraños, que logró un control político y social absoluto. Una rebelión contra él era impensable para la mayoría, no sólo por el poder en sentido político, sino por los talentos que poseía. Dones sobrehumanos de los que se valía para poseer mentes, y de hazañas, para demostrar la supremacía de su voluntad.

Este ser, el Último, tenía un semejante. Supimos que le mandó exiliar tras su ascenso al poder. Esto le fue posible porque ella no había desarrollado para ese entonces sus destrezas. Algunos afirmaban que se escondía en la Tierra, otros que en el planeta de origen de los extraterrestres, mientras unos, mucho más exagerados, pensaban que había conseguido acondicionar una parte del planeta

Venus para habitar en él. Podría sonar descabellado, sin embargo, yo fui testigo de lo que el Último es capaz.

El día en que la humanidad fue derrotada, mi hermano, José, que trabajaba en la industria alimentaria, supo que un extraño químico, que provocaba afecciones neurológicas, se estaba introduciendo en los alimentos masivamente. Sus intentos por impedirlo provocaron su despido.

José fue contactado por un tipo del gobierno que parecía consciente de la infiltración, y tenía una lista de nombres de personas en la administración nacional que no eran quienes afirmaban ser. Al día siguiente, este hombre se reunió con mi hermano. Mientras, yo fui encontrado por dos personas que afirmaban ser miembros de una civilización alienígena que tomaría el control del planeta.

Durante la mañana siguiente, mi hermano habló por teléfono, dijo que necesitaba hablar conmigo de manera urgente, pues luchábamos contra el tiempo para impedir la caída de la humanidad. Afirmó que el planeta sería conquistado, y un grupo de rebeldes le habían contado acerca del control mental que ejercía el líder hacia la mayor parte de los miembros de su especie. Decidí reunirme con él, creyéndome víctima de una broma. Las horas restantes pasaron en paz, cómo jamás las volvería a experimentar.

Llegado el momento, mi hermano llamó por celular. Recuerdo sus últimas palabras cargadas de pánico: "*Ya viene…", "Estaba entre nosotros…", "Vienen por mí…", "Se dónde está", "Si puedo hacerlo, habremos ganado*". Ya estaba muy cerca del establecimiento donde nos íbamos a reunir, y en ese instante pasó todo: Un automóvil se lanzó a toda velocidad para atropellar a un civil, escuché el grito de mi hermano. Temí lo peor, pero mis conclusiones fueron erróneas, por completo.

Me aproximé al sitio del incidente, esperando ver a mi hermano atropellado. Una multitud rodeaba el sitio del siniestro. Dos policías trataban de alejar a la multitud. Me aproximé lentamente, la persona atropellada estaba de pie, ilesa. Entre una pila desecha de metal, pude divisar a mi hermano en el auto. Quedé pasmado, no podía hablar, me faltó el aire, escalofríos recorrían cabeza y

espalda, mis brazos temblaban, y sudé con un líquido gélido. Quería gritar, pero mi boca era incapaz de emitir sonidos.

La supuesta víctima comenzó a flotar en el aire, al igual que el automóvil y sus pasajeros. La forma del hombre empezó a cambiar, hasta volverse apenas antropomorfa, con los rasgos más básicos que podía poseer un ser humano, y nada más. La gente quedó hipnotizada, y un zumbido estalló en mis oídos. Los demás sonrieron, mirando fascinados al ser que segundos antes había sido un humano. El ente comenzó a brillar, más y más.

Le arrebaté la pistola a un policía y le di un fuerte golpe en la nuca. Debía escapar, tenía que hacerlo, rápido, antes de… antes de…

El automóvil implosionó.

Escapé, apenas recuerdo como lo conseguí. Mientras huía escuché una serie de rechinidos, zumbidos y gritos, su mayoría por admiración y gozo, otros por pánico.

Ese día, la humanidad conoció al Último.

Está de sobra decir que mi vida nunca fue la misma otra vez. Escapé a las montañas, dónde, quiénes sabíamos la verdad, fuimos rescatados por los rebeldes extraños. Cualquiera que tuviera relación con nosotros fue investigado de forma exhaustiva, y en su mayoría reemplazados. Fuimos perseguidos, y, en la primera semana, la mitad fue atrapada y asesinada. No tengo más que decir. Carezco de palabras para hacerlo. Espero ver a nuestra raza liberada, a los extraños derrotados y expulsados de la Tierra, a los humanos recuperando la voluntad de vivir. Quiero ver el final de la guerra, la victoria de la rebelión y la muerte del Último. Ansío encontrar a la otra que puede enfrentar al demonio de los cielos, ver su regreso a la hora del amanecer, observando su camino desde la estrella de la mañana. Deseo ver la llegada de la Princesa del alba.

LA MÁQUINA
Alan Cruz

— ¿Qué es esa máquina, mamá?—pregunto Ian, un niño pequeño que señalaba con su dedo aquel gran aparato que ocupaba casi todo el espacio del viejo sótano de la casa.

—Es una máquina para crear tela, solía ser de la fábrica donde tu padre trabajaba—le respondió amablemente Sara Bell, madre de Ian, mientras se podía ver en su rostro un sentimiento de aflicción.

—Parece un cohete.

—Sí, un cohete muy viejo.

El cohete, inservible ya, era en realidad una maquina circular de tejido de punto marca Maddux, servía para trabajar hilados de algodón, poliéster y nailon de manera más fructuosa. El señor Oliver Bell, padre del niño de nueve años y la bebe Claire Bell, lo había encontrado hace dos meses en las llanuras de Balltown en el condado de Dubuque, Iowa, junto a los restos de la explosión de la fábrica de producción textil la cual se había desatado debido a una fuga de gas. El hombre venía caminando de un bar a las diez menos cuarto de la tarde por la carretera, fue en ese momento en que la fábrica a unos quinientos metros lejos de ahí había estallado y había lanzado partes de lámina por todos lados, provocando un incendio por gran parte de los prados que a los bomberos le tomó tres días en apagar días después.

El señor Bell se espantó casi soltando una grosería y miró al cielo observando la explosión, después pudo captar encima de ésta, cómo se formaba una línea curvada de fuego sobre el cielo, donde la punta terminaba en un trompo de metal que empezaba a caer cerca de donde se encontraba él, cuando éste al final se estrelló irradiando chispas, formó una luz amarilla que sobresalía del césped; el señor Bell se acercó de manera precavida a aquella luminosidad que se iba apagando poco a poco y al llegar le tomó algo de tiempo enterarse de que aquello

ya lo había visto en alguna parte. La máquina era gigantesca y compleja, era de un diámetro 30, contaba con 89 Alimentadores, 25 de Galga, 4 pistas, filetas laterales, inversoras y excéntricas en las ya dichas pistas, aunque era evidente que bastante de eso se destrozó en el aterrizaje. También parecía estar pintado de un verde oliva pero solo se podía notar a medias, pues el color negro que había adquirido por el incendio cubría gran parte de este, de él le salían espaguetis densos de humo alrededor de su forma y solo parecía funcionarle una pequeña lámpara de luz anaranjada adentro de sus circuitos.

El señor Bell pensó, al analizar un poco la máquina, que quizá se podría rescatar algo de hierro o partes para vender y así obtener algo de dinero que injustamente no había obtenido como indemnización después de ser despedido. Regresó a la carretera un poco más sobrio y se dio prisa para llegar a su hogar en un rancho donde estaba su camioneta, al encontrarse ahí llamó a cincos colegas suyos para que se reunieran con él en la carretera del kilómetro 30, a unos quinientos metros de donde ocurrió la explosión para ayudarle a subir aquella cosa en su camioneta, después subió unas herramientas al vehículo como cuerdas, ganchos y una pala, se subió y volvió a ese lugar. Pasaron tres horas hasta que el señor Bell despertó a su esposa a mitad de la madrugada con las luces del automóvil, entrando por la ventana de su habitación, ella se levantó y observó cómo su marido llevaba con ayuda de una camioneta más grande aquella cosa hasta el sótano del granero.

Las primeras semanas el señor Bell pasó algunos días desarmando aquel enorme artefacto sin encontrar nada de valor que pudiese vender, así que como última oportunidad había decidido intentar reparar la máquina, aunque no tuviese los instrumentos necesarios para lograrlo, pero eso no importó mucho, pues con el tiempo el señor se había empezado a obsesionar con bajar al sótano, sacar sus herramientas y buscar cómo arreglarlo, se había hecho una adicción el observar la complejidad de la máquina y aquella luz anaranjada. Oliver solía ser un hombre duro y frío, pero su esposa sabía que se estaba volviendo alguien más distante, empezó a tomar más alcohol de manera que parecía que bebía agua,

dejo de hablarle a Ian y a ella y no quería que ellos bajaran al sótano, se molestaba si los veía abajo. Pero aquel día en que Sara y su hijo bajaron en busca de una espumadera para preparar chocolate caliente no estaba el, en cambio solo se encontraron con una máquina destrozada, implantada con nuevos motores y piezas que a ellos les desconcertaba.

—No, es solo una espátula--le dijo Ian a su madre después de que había intentado encontrar la espumadera en una cubeta de palos y cosas.

—Entonces habrá que hacerla sin espumadera, saldrá bien de todos modos.

—Bueno…

—Salgamos de aquí Ian, tengo que ir a ver a Claire y sabes que a tu padre no le gusta que estemos aquí.

—-Está bien…oye mamá, ¿sabías que los cohetes son más rápidos que las naves de los marcianos?

—No, ¿en verdad? ¿Por qué no me lo dices arriba?

—Sí.

Dos días después, Ian se había quedado solo con su hermana en su hogar, su madre había tenido que ir a la casa de una amiga para que le prestara su plancha y su padre al parecer estaba en el bar después de decirle a su esposa que la máquina estaba lista. Sara sabía que la niña dormiría al menos una hora y recoger el electrodoméstico no duraría más de 10 minutos así que le confió a Ian que la cuidara y que la llamara por teléfono si ocurría algo, Ian le respondió que sería responsable, su madre se acercó a la salida, le dijo que su padre probablemente llegaría pronto y momentos después salió de casa.

Eran las once menos diez de la noche cuando el niño había podido tranquilizar a su hermana con un biberón caliente y la había puesto a dormir sobre su cuna, después de hacerlo descendió hasta el refrigerador, tomó una botella de jugo de naranja y se fue a ver su programa favorito en la televisión de la sala. La sala era una habitación pequeña y rectangular, pintadas las paredes de un color melocotón

claro, contaba con tres sillones marrones, dos del mismo tamaño en perpendicular y un sillón individual en dirección a la televisión, lugar donde Ian se había sentado. Entre los sillones estaba una mesita de color café que sostenía el jugo de Ian, detrás de la televisión había una ventana cuadrada con las cortinas abiertas en ese momento, y detrás del sillón individual estaba cerca la salida. Las únicas luces prendidas eran la de la cocina que estaba a la derecha de la sala y las de las dos habitaciones que estaban detrás del comedor.

Fue entonces que al acabarse el programa, el chico escuchó un sonido estruendoso proviniendo de afuera, un sonido que se oyó brevemente pero del cual era evidente que provenía de engranajes en movimiento, después un sonido más apagado se presentó y era similar al sonido que hacia un refrigerador al abrirse. Ian no se alarmó al principio, en un rancho ese tipo de sonidos los puede hacer cualquier tractor, pero le había llegado una sensación de inquietud al estar a oscuras solo con la poca luz azul que radiaba la televisión, entonces se levantó y fue un poco apresurado a prender el interruptor, la luz se prendió dejando algo dolorido de los ojos al niño y se pudo observar la oscuridad atreves de la ventana, entonces en un silencio después volvió a oírse ese sonido monstruoso pero ahora parecía que estaba taladrando la tierra y la hacía moverse, Ian empezó a asustarse y por la emoción decidió prender todas las luces de la casa, prendió la radio y le subió de volumen a la televisión, en ese momento el sonido que provenía de afuera se detuvo otra vez y Ian esperaba que no apareciera nuevamente, pero en cambio todas la luces, la radio y la televisión se apagaron al mismo tiempo creando un ambiente oscuro que dejo en el olvido el color melocotón, la ventana que antes traía negrura ahora era lo más luminoso que se proyectaba adentro de la casa, arriba se podía oír los llantos de Claire debido a los temblores pero su hermano no podía moverse ante la lenta sorpresa que le venía a la mente. Entonces de manera casi previsible el sonido volvió a retumbar la casa pero esta vez no se detuvo después de diez segundos, ahora parecía que al fin había conseguido funcionar y por la ventana Ian pudo observar una iluminación anaranjada provenir del granero, entonces atraído por la idea de encontrar a su

padre ahí salió de casa sin preocuparle los llantos de la bebe ya que mientras más pronto encontraba a su padre más pronto podría arreglarse todo. Llego a la entrada del sótano donde se oía el sonido y bajo con lentitud por las escaleras de madera.

A cuatro escalones pudo observar la espumadera de su madre en el suelo, bajó unos escalones más hasta encontrarse mirando el cohete sacudiéndose como una lavadora y empezando a mover una rueda giratoria de donde desprendían los aparatos que hacían estirar los hilos, pero además la maquina desprendía por pequeños focos, luces amarillas y rojas que iban titilando haciendo que el sótano se iluminara bastante pero que no dejaba de tener un contraste oscuro.

Por el piso había varias cosas que habían sido rotas, varias habían caído y otras estaban posicionadas fuera de lugar, parecía que alguien hubiera enloquecido y empezó a destrozar todo, y así fue: detrás de la maquina había una gran sombra oscura debido a que no llegaba la luz a aquella parte y de ahí surgió una figura de alto tamaño, pero no era una persona, era un ser con similitudes humanas pero con significantes diferencias, se acercó a Ian de manera tambaleante, el ser aparentemente estaba desnudo y el niño pudo notar que su piel era pálida pero con una textura igual a la de los pollos desplumados y de un tono azul-purpura. Su cuerpo estaba lleno de venas bastante marcadas además de que tenía una forma demacrada y algo esquelética. Ian sentía un horrible olor ácido que provenía del ser metiéndosele en sus narices. Su cabeza era calva, tenía la forma de un cráneo con ciertas arrugas en él y su mirada parecía estar molesta, sus ojos en sacos de ojeras negras eran totalmente blancos como perlas pero que se distinguían por un enrojecimiento de ojos. Su boca estaba en O y se podía ver un profundo negro adentro además de los sobresalientes dientes chuecos, pero a pesar de su apariencia el ser podía hablar un poco e intento decirle algo a Ian que había retrocedido al verlo, movió su mandíbula y de manera ahogada comento un nombre.

—Cl…Clair…Claire…Claire, Claire.

En ese momento Ian se aterrorizó y se dio vuelta para subir por las escaleras hasta llegar al patio afuera del lugar para luego encerrar a la criatura con el seguro de la puerta, pero parecía que no iba servir porque este estaba intentando forcejearlo para salir. corrió deprisa a su casa y cerró la puerta con seguro, se movió hasta el teléfono e intento llamar a su madre pero al parecer la maquina había consumido la energía que reunía la casa y ningún aparato servía, entonces Claire empezó a volver a llorar, Ian preocupado corrió hasta su cuarto, entro y observo a la niña llorando mientras arrugaba sus gestos, este antes de tomarla y cargarla pensó asustado en donde estaría su madre para luego también pensar en donde estaría su padre, quería que vinieran ya pero no lo habían hecho, no estaban aquí. Entonces bajó con ella hasta la cocina y le intento dar un biberón, esta no lo quiso y siguió llorando, Ian intento calmarla con suaves arrullos pero su grito no parecía disminuir, entonces se acercó a la sala para intentar salir de la casa antes de que el monstruo apareciera pero al abrir la puerta miro como una figura humana se movía de manera lenta por afuera de la ventana de la sala, iba a doblar la esquina e iba a intentar entrar por la única entrada, entonces el cerró y empujando el sillón largo con su cadera intento atrancarla lo mejor posible, cuando el ser llego intento abrir la puerta pero al no poder abrirla empezó a golpear contra ella causando que la bebe siguiera llorando y este empezó a repetir su nombre.

-¡CLAIRE!, ¡CLAIRE!

Ian subió de nuevo con su hermana en brazos hasta el cuarto de sus padres, se metió en su closet y se sentó sobre una maleta mientras hacía callar a la niña con siseo algo que por suerte la calmo, solo esperaba a que su madre o a su padre llegaran, quería que llegara su padre y lo defendiera, lo quería. La puerta de abajo empezó a retumbar más fuerte, fueron golpeteos constantes hasta que oyó como algo se rompía, después se pudo oír cómo se caían pedazos de los vidrios de la ventana, parecía que la pata del sillón chillaba por el piso cuando el ser entro adentro con mucha fuerza desplazando el mueble. Ian pudo oír cómo se estaba paseando violentamente por su casa, estaba destrozando los muebles, los cuadros,

las puertas, rompió el vidrio de la televisión y estaba arrojando las cosas que había en el refrigerador, entonces se detuvo un momento regalando un gran silencio de inquietud, solo se oían las cigarras cantar hasta que la bebe soltó un pequeño grito, el ser escucho eso y el niño exaltado se enteró de cómo empezó a subir deprisa por las escaleras, entonces se paseó por los cuartos de Ian y Claire destrozando las camas, estaba buscándolos.

—Por favor papá, por favor, por favor, ¿dónde estás? — grito en su mente Ian mientras empezaba a lagrimear.

El ser se movió aun en desequilibrio hasta la puerta de la alcoba de los padres de Ian, empezó a adentrarse en la habitación arrastrando el pie y jadeando como si estuviera cansado, entonces este se estremeció y empezó a vomitar un líquido de color naranja ámbar, Ian aun atemorizado actuó rápido y envolvió una almohada que había ahí con una cobija, después abrió la maleta y coloco a su hermana adentro donde encima la cubrió con una tela blanca. Se levantó, se sujetó el pecho y salió corriendo con furor del closet llevando consigo la almohada bajo las mantas simulando que cargaba a su hermana. El humanoide volteo a ver a Ian saliendo del closet y gritando empezó a perseguirle, Ian salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras pero al llegar al segundo escalón el ser que venía detrás de él lo sostuvo con sus largas manos y eso hizo que Ian perdiera el equilibrio haciendo que cayera por los escalones, golpeándose fuertemente contra el suelo y revelando la almohada. La criatura al enterarse de esto no fue a atacar a Ian, regreso la mirada al cuarto y empezó a repetir el nombre “Claire” eso mientras subía hasta llegar de vuelta a la alcoba, se acercó al closet y al ver unas manos moviéndose bajo la manta este la retiro para apreciar a una hermosa bebe de mechones de cabello castaño y una delicada piel rosada acostada sobre una maleta, entonces el humanoide acerco sus largos brazos y la tomo con sus grandes manos por su cuerpo, levantándola y acercándosela al rostro, el ser empezó a mover su mandíbula mientras la veía, por sorpresa la pequeña Claire no parecía sentir el olor penetrante del cuerpo del monstruo de hecho había parado de llorar y no se veía asustada por lo que veía.

El ser acostó a la niña en su brazo derecho sujetándola con el otro, entonces de manera gentil empezó a arrullarla y salió un poco desequilibrado de la habitación tranquilamente. Ian logro levantarse algo dolorido por el golpe y observo asustado como aquello estaba sujetando a su hermana.

—¡¡¡DÉJALA IR!!! ¡¡¡DÉJALA, NO ES TUYA!!!¡¡¡DÉJALA A ELLA!!!— gritó en llanto el niño Ian Bell que no tenía el valor de enfrentarse a aquella criatura.

La criatura ignoro a Ian mientras caminaba con la mirada enfrente hacia la salida, el ser salió de la casa y se dirigió al sótano, el niño lo siguió aún gritándole pero este bajo las escaleras, se acercó a la máquina y se metió con la dormida niña aun en brazos por una escotilla adentro del contenedor de la máquina cerrando después la escotilla, entonces la maquina por si sola empezó sonar de nuevo, la rueda volvió a girar de manera más rápida y el aparato tembló de manera abrupta oyéndose el movimiento de la lámina.

Ian empezó a gritar suplicas al aire.

— ¡PAPÁ! PAPÁ, ¿DÓNDE ESTAS?….PA…

El sótano exploto en llamas destruyendo el granero y creando incendios en el prado que en el mañana iban a tomar varios días en apagarse. Entonces la maquina circular de tejido de punta se elevó con gran fuerza por los cielos pero esta vez no descendió, fue directo hasta al infinito perdiéndose entre su enorme océano de estrellas. Ian volteo a ver como la maquina se iba mientras él sollozaba, momento después se calmó para dejarse caer al suelo acostándose boca arriba y al soltar una lágrima que escurría por la curva de su cabeza contemplo el cielo estrellado, en ese cielo tan distante fantaseó esperando ver a su hermana bajar, pero ella nunca bajo, así como el señor Oliver Liam Merrickson Bell nunca llegó a su hogar y se había ido para siempre.

STAN
Isabel Santos

"Disimular es fingir no tener lo que se tiene.

Simular es fingir tener lo que no se tiene. Lo uno

remite a una presencia, lo otro a una ausencia."

Jean Baudrillard.

Stan llegó al sistema solar, por fin. Se ubicó cerca de Saturno para poder trabajar tranquilo. Quería armar todo su plan, pero a distancia.

Miró el perfil de la Tierra desde su nave. Y se quedó pensando: admiro en algo a los terrestres, se permiten nacer sin saber qué son.

El había elegido a la Tierra, y a los humanos para lograr su cometido. Confiaba en que iba a poder encontrar al espécimen apropiado para dejar su legado esencial.

Rápidamente, buscó cinco candidatos y los mantuvo vivos. Trató de aniquilar al resto de la humanidad activando volcanes, incrementando el nivel del mar, y con otros artificios que nunca fallaban.

Mutó a la rana Goliat africana, e incrementó la capacidad cognitiva de los delfines. Esas ranas y esos delfines podrían comunicarse con los humanos sobrevivientes y dominarlos. Había elegido a esas dos especies para que ocuparan los espacios evolutivos vacíos. Era responsable.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos catastróficos, Stan vivía para sus elegidos, ayudándolos a sobrevivir. Algún día, uno estaría listo.

Había desarrollado la misma manera de ser padre en otros planetas. Y lo mismo haría en la Tierra.

Tenía que descubrir la esencia humana. Cuando lograra incorporar la idea de lo humano, terminaría su trabajo como padre. Habría cumplido la misión final, implantándola a uno de esos cinco. Otra especie perfeccionada. Una ayuda evolutiva para la madre naturaleza de ese planeta.

Valentina, Darío, Juan, Siro y Raquel eran los candidatos. Estaban de vacaciones en un crucero por el Caribe, cuando se desataron las catástrofes producidas por Stan. Juntos habían quedado aislados en un bote salvavidas, debido a las peripecias orquestadas por el extraterrestre.

Las catástrofes fueron lo menos sorprendente que tuvieron que enfrentar. Un grupo de delfines rodeó el bote para pedirles clases de lenguaje. Los aprendices insistían en querer practicar.

Valentina era la más entusiasta en enseñarles. No salía de su asombro con cada avance de los delfines parlantes. Adaptada rápidamente a las circunstancias, no cuestionaba las raras escenas de conversaciones con ellos.

Los tres hombres competían por adivinar el porqué de semejantes catástrofes, y sus sorprendentes efectos con los delfines. Aunque los animales les explicaban que no sabían cómo se les había dado la capacidad, descreían de un cambio evolutivo tan repentino y específico.

Raquel negaba todo lo que le estaba ocurriendo. Deliraba en un mareo sin fin producto del movimiento del oleaje marino.

Stan los guiaba sobre una corriente oceánica de agua dulce. Ese brebaje extático era el responsable de la apertura de consciencia de los delfines. El grupo iba hacia la fuente de los aparentes milagros, que estaba en la escasa selva amazónica que Stan había preservado de las inundaciones. Allí se había instalado el extraterrestre con su nave, oculto entre la floresta.

El viaje de los candidatos le daría el tiempo necesario para recopilar y analizar todo el conocimiento humano que había captado en órbita. Con ese material, más la experiencia de simulación que les tenía preparada a sus candidatos, resolvería el contenido de su semilla esencial.

Algo lo perturbó.

Un humano, Jean Baudrillard, había anticipado su plan.

Stan siguió adelante, pero estaba inquieto. Era un golpe grande para su orgullo, haber sido descubierto. O más aún, haber sido criticado.

Estaba a punto de crear la simulación. Pero era la primera vez que dudaba de ese método. Armar un simulacro ya no tenía el mismo sentido.

Ese humano arrogante lo había perturbado. Había minado su confianza.

Perdió el entusiasmo de experimentar con los cinco. Había imaginado experiencias para descubrir las actitudes humanas sobre un escenario montado. Siempre disfrutaba de esos momentos de manipulación. Pero él mismo se sentía manipulado por ese Baudrillard, siguiendo el plan de ese otro. Y tuvo que abandonarlo.

Cambió de estrategia, para conseguir un poco de originalidad. Necesitaba demostrarse a sí mismo que podía intentar otra opción, aunque no tuviera éxito.

Eligió un solo espécimen, por azar. Lo apartó del grupo, y mató a los otros cuatro.

De un momento a otro, Raquel se vio sola. Parecía estar cerca de un ente que no podía percibir. Tenía muchas sensaciones de sentidos inventados, y casi nada de razón. Su mente, casi nula. No podía pensar con claridad. Ya no tenía ideas que lograran hacer circular su pensamiento. Transitaba en rectas interminables. Eternas vías de escape que se le ofrecían como inventos de otro. No lograba un giro, un espacio. No tenía poder sobre ella. Estaba presa detrás de esas líneas.

Stan se había incluido a sí mismo dentro de la esencia. Quiso implantar una que contuviera algo suyo.

Incorporó en Raquel una red más amplia de líneas perceptivas para que cubrieran todo su cuerpo. Era su piel la que pensaba. A su contorno llegaba todo y se iba todo. Cada una de sus sensaciones eran espirales que resonaban como ecos en cada parte suya.

Como si hubiera sido víctima de una posesión, los ojos de Raquel se convirtieron en receptores de esencias. Los colores eran zonas borroneadas de mezclas y continuidades indefinidas.

El paisaje estaba habitado con ondas móviles que impulsaban pequeños corazones. Pudo distinguir variaciones temporales instantáneas, al percibir cambios de calor. Los veía a medida que la tocaban los rayos del sol. Todo traía datos extraños. El mundo se hizo presente en cada centímetro de piel. No podía distinguir lo que antes veía.

Un aire rodeando su tobillo derecho era comprendido como sensaciones que le decían cosas sobre alguien que no podía ver, pero que sentía en su proximidad. Era Stan que suspiraba a su lado. Y ese suspiro llegó en el aire como un estado de abatimiento. Todo ese nuevo sentir tensionaba su tobillo, curvaba sus pies y juntaba sus rodillas.

Raquel cayó al suelo víctima de ese suspiro.

Todo ese nuevo escenario era algo hecho a medida. Era la esencia, o la geometría donde se podía ser alguien. Pero ese alguien no era humano. Stan había perdido el interés por los humanos. Ya había contaminado la especie, al mutar a Raquel.

Todavía podría intentarlo con los delfines, o con las ranas. Pero los cambios que había producido en esas especies, también habían contaminado sus esencias.

Lo más apropiado sería abandonar la Tierra y buscar otro planeta y otras especies.

Y fue lo que hizo.

UN PRINCIPIO DE INVASIÓN
Manuel José Sierra Hernández

Resultaba inconcebible que una guerra galáctica pudiera tener lugar, dado el límite de la velocidad de la luz, dadas las colosales distancias, los abismos insondables y vacíos entre estrellas. Y menos aún una conflagración intergaláctica. Pero incluso así lo imposible había llegado hasta ellos.

Corría el año 3091 del calendario terrestre, el 1038 de la nueva era tras el primer contacto. Llara Genseridani se encontraba en el invernadero bajo el cielo ceniciento de Sobel, el segundo planeta del sistema Épsilon Eridani. Faltaba un mes para que cumpliera cien años, aunque gracias a la regeneración genética su cuerpo se encontraba como si tuviera treinta. Era de mediana estatura, esbelta, piel morena y tersa, y cabello castaño brillante. Y mientras trabajaba en el invernadero entre las hortalizas y los pequeños arbustos frutales, escuchaba sin concentrarse demasiado las noticias desde la cápsula holográfica a su espalda. De este modo se mezclaron en su mente sin de momento acoger mucho sentido palabras que resultarían trascendentales en las siguientes semanas como invasión, insectos o mente colmena. Tan poca atención prestó que al principio lo que creyó que sucedía fue que una colonia de abejas de las que se empleaba para polinizar los cultivos, hubiera escapado de su aislamiento y penetrado en alguna nave espacial. Pero no terminaría resultando tan sencillo.

Terminó apagando el dispositivo. No porque le aburriera, sino porque ante así tenía otro tipo de invasión: la reunión familiar de todos los años, esta vez acicateada por el hecho de que la matriarca cumplía el centenario de su existencia. En un suspiro las puertas translúcidas se abrieron y el tropel de nietos, bisnietos y tataranietos se adentró ocupándolo todo a su paso. Mientras, Llara sonreía feliz, a la par que pensaba rápido en una manera para distraerles con el fin de que no le estropearan los arriates. Y fue una de sus descendientes más jóvenes quien le dio una solución al pedirle que les contara un cuento:

“Tres ángeles se durmieron en la cima de una montaña y cuando despertaron descubrieron que era de noche y contemplaron la galaxia. Entonces el mayor de los tres apuntó a una estrella y dijo:

- Me gusta ese orbe porque es una estrella doble. Lo llamaré Rougen. Crearé allí mi hogar y haré que los hombres tengan los ojos del color del coral.

Ante aquello el ángel mediano apuntó en una dirección distinta y expresó:

- Yo en cambio iré hacia esa otra, que tintinea como música y la nombraré Sonora. Es una estrella solitaria pero encontraré planetas verdes y rebosantes de salvia.

Y finalmente el más joven, que no quería ser menos, escudriñó el firmamento en busca de un lugar donde vivir. Pero al no encontrarlo se puso a llorar desconsolado. Hasta que de repente un fulgor iluminó su frente y con mirada alborozada exclamó congratulado:

- Ese será mi mundo, Épsilon Eridani. Bajo el gigante que trona crearé un planeta y haré de él la joya de la corona.

Entonces los tres ángeles se levantaron, y con lágrimas en los ojos se despidieron para encaminarse cada uno a su astro. Y el más pequeño preguntó al mayor:

- ¿Volveremos a vernos?

- Lo haremos, aunque sea en nuestro sueños.”

Los niños pidieron que lo repitiera. Y Llara ya se disponía a contentarles cuando algunos de los adultos del clan entraron en la estancia. Entonces varios de los pequeños, que reconocieron a sus padres, fueron a ellos para que se unieran al grupo.

Sin embargo, algo extraño sucedía. En vez de sonreír, o de corresponder, los mayores fueron tomando cada cual a sus hijos del brazo y marchándose en silencio. Llara ante aquello se levantó preocupada. Preguntó acerca de lo que

ocurría y nadie le respondió, parecían estar todos nerviosos, balbuceaban, no daban una respuesta clara. Hasta que una de sus nueras se apiadó de su ignorancia y le dijo a oído: “Ven conmigo, ha ocurrido algo grave”. No hacía falta que se lo dijera, Llara lo intuía, lo temía. Se dejó guiar, y la nuera la llevó hasta un salón donde muchos de los adultos estaban reunidos. Jamás había estado en aquel lugar, seguramente se tratase de una nueva adquisición por parte de alguno de sus hijos. En la superficie de Sobel no había apenas asentamientos permanentes, en su lugar sus habitantes contaban con naves-hogar que se desplazaban de un lugar para otro y que se podían conectar entre sí conformando agrupaciones mayores. Aquel lugar era amplio, con cómodos asientos alrededor, y un enorme ventanal panorámico que permitía contemplar la superficie de Sobel en el exterior. Un planeta árido, yermo. Quizás dentro de mil años llegase a tener prados y bosques como los mundos de Sonora. Pero de momento era un entorno donde los terremotos eran frecuentes, el cielo se oscurecía con las erupciones volcánicas, y las tormentas de meteoritos eran frecuentes.

En cualquier caso, había cosas más acuciantes en las que pensar aparte del planeta o de una nueva adquisición. En el centro una cápsula irradiaba noticias y ahora sí, con todos sus sentidos alerta, Llara pudo dar forma a lo que acaecía. Y jamás hubiera pensado que fuese tan terrible. En Ansa, la luna de Sobel, se había descubierto lo que algunos habían identificado como un principio de invasión. En un comienzo Llara no comprendió lo que escuchaba. Una invasión. Jamás se había producido algo similar en aquel sistema. Le era del todo increíble que una cosa así pudiera tener cabida. Pero conforme atendía y asimilaba, iba aceptando que aquello pudiera ser verdad. Hablaban de una especie de hormiguero, de insectos gigantes adaptados al espacio con una mente colmena, que habían permanecido enterrados bajo la superficie de Ansa, creciendo, desarrollándose. Hasta que unos mineros excavaron demasiado, destaparon su secreto y los insectos salieron y asesinaron a todos los humanos sobre la luna.

Al escuchar aquello la alarma se estableció en el rostro de Llara, por un lado por la atrocidad de aquellas criaturas, pero también por otras razones. Miró

hacia la cápsula y esta se expandió en una pantalla. De momento no se habían captado imágenes de aquellos seres, y la pantalla lo que reproducía eran grabaciones de los cañones láser de la estación espacial disparando hacia el satélite.

Más no era eso lo que Llara buscaba. Savio, el marido de su hija menor Illena, estaba en esos momentos en Ansa con un contrato de trabajo. E Illena estaba allí mismo, en un rincón arropada por sus hermanas. Llara se acercó. Su deseo era reconfortarla, consolarla. Aunque también su motivación era saber si aquello estaba sucediendo realmente porque todavía no lo creía del todo. Quería que su hija le desmintiera lo que acababa de escuchar, que no se estaba produciendo aquella invasión.

Mas desafortunadamente no fue así. Illena estaba al corriente desde hacía una hora. Ella no se había enterado por las noticias sino que directamente la había llamado el gobierno, y arrasada en lágrimas no podía hacer otra cosa que esperar los resultados de los servicios de rescate que habían acudido a la luna.

- Marcea, Tiago y David todavía no lo saben.- Informó Illena.- No les he querido decir nada, no hasta que lo sepa con seguridad. Pero si fuera así… No sé lo qué hacer, no sé cómo comportarme.

- Debes ser fuerte, por tus hijos- aconsejó Llara.

- Sí, pero… Los llaman nevolnosi. El hierarca está llamando a filas a voluntarios para ir a exterminarlos a la luna. Estoy pensando en alistarme.

- No, eso no puede ser. Piensa en tus hi...

- ¿Por qué no, mamá?- estalló Illena.- Me educaste para muchas cosas, pero nunca para esto. No me dijiste nunca cómo actuar ante tales circunstancias. Admítelo, no sabes lo que hacer, estás igual de perdida que yo. Entonces déjame tomar mis decisiones, mamá. ¡No te entrometas en mi camino!

Había rabia en su voz, furia contra todo y contra nadie en particular, simple y llano malestar. Hasta que súbitamente prorrumpió en un llanto amargo:

“Me dan igual mis hijos, me da igual lo que sea de mí. Solo quiero mitigar mi dolor”.

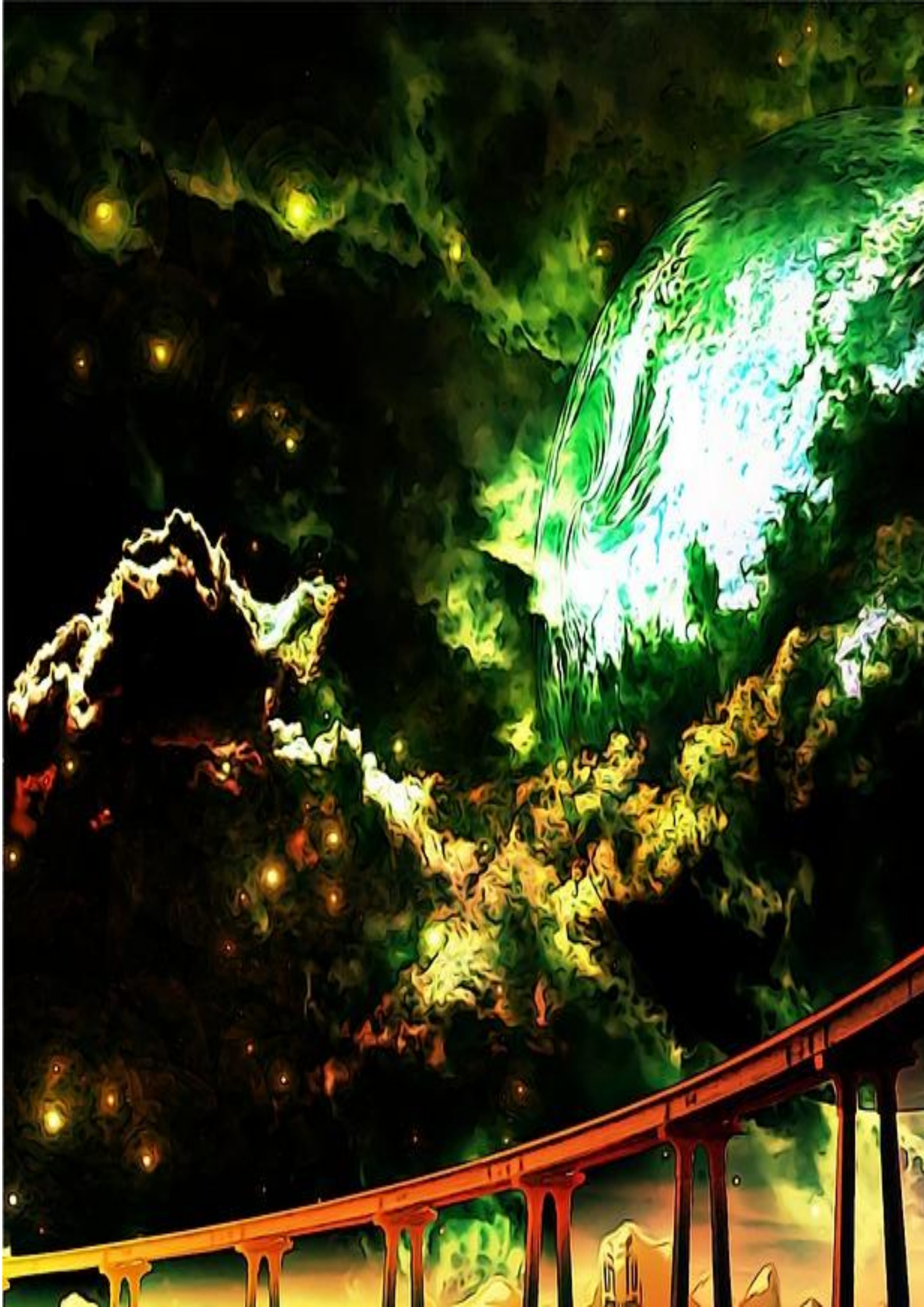
Llara la abrazó y dejó que Illena empapase su mono de agricultora. Más tarde, cuando consiguió que su hija se tomase los calmantes y descansase en su dormitorio, se marchó a solas a meditar. En parte esta tenía razón, no sabía cómo actuar ante una cosa así. Sin embargo, lo que sí es que no podía permitir que su hija se arriesgara contra aquellas criaturas teniendo tres hijos y contando aún con edad de casarse de nuevo. En cambio Llara estaba cerca de los cien años. ¿Qué significaba tener cien años? Jamás antes se lo había planteado, era una cuestión que había postergado quizás por miedo, o por vanidad, porque no le gustaba sentirse vieja. Había concebido y criado a seis mujeres y cinco varones, hacía tres décadas que había sobrepasado según las leyes la edad máxima para tener descendencia, había otorgado la dirección de la empresa a sus herederos. Se podía decir que ya había hecho su camino. Pero las condiciones habían cambiado, algo nuevo había acaecido desde la generación anterior. La regeneración genética era un milagro relativamente reciente, sus padres murieron demasiado pronto para disfrutarla, pero ella lo gozaba en su plenitud. Y allí se encontraba, con un cuerpo de treinta años y la experiencia de todo un siglo. Antes eran los jóvenes los que partían para la guerra mientras los viejos se quedaban en casa. Quizás las tornas habían cambiado y hubiera que pensar de otro modo: debería ser de los jóvenes el permanecer al cuidado de la prole mientras los viejos hacían frente a las dificultades.

Finalmente tomó una decisión. Esperó hasta que se hiciera de noche y fue hasta su nave-hogar donde una a una fue cerrando las compuertas y retirando los puentes que la unían con el invernadero y el resto de las naves del clan familiar. Posteriormente grabó un mensaje de despedida. No dijo demasiado, tan solo que se marchaba para que nadie más tuviera que hacerlo, para que ninguno de ellos se viera obligado a luchar en aquella guerra. Tras aquello encendió los motores, la nave comenzó a levitar hasta alcanzar los dos metros y avanzó hacia el frente

deslizándose por entre la negra noche sin estrellas del planeta. Y por último Llara conectó el piloto automático y se recostó sobre la cama.

- Noticias- ordenó, y en el centro de la habitación se formó una pantalla flotante que le ofreció las últimas transmisiones sobre el conflicto. La situación empeoraba por momentos. No se sabía nada de los servicios de rescate, se había perdido por completo la comunicación. Y en respuesta ya se estaban organizando los primeros batallones para aterrizar sobre Ansa.

Llara apagó el dispositivo y se puso a reflexionar. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, pero tenía que actuar deprisa si pretendía que sus seres queridos se salvaran. Quizás no saliese de aquella pero en ese caso no se arrepentía de nada, había tenido una vida plena y satisfactoria. Y con estos pensamientos poco a poco fue entrando en el mundo de los sueños no sin antes cavilar que a la mañana siguiente sería otro día.



Союз
Israel Montalvo

El Mayor Alexei Leonov llevaba varado una vida sobre Titán, una de las lunas de Saturno desde que su nave el SoyuzVII, había derivado su rumbo, eso fue después de que los grises aparecieran en la Voskhod II, eso pequeñas criaturas de ojos negros, y de un cuerpo raquítico con una cabeza enorme que desafiaba las leyes la física y la anatomía, parecía que tarde o temprano el peso sobre sus hombros doblegaría aquellos alargados y finos cuerpos, tan delgados y estilizados como los de una mantis religiosa. Aquellas criaturas aparecieron de la nada, como si siempre hubiesen estado ahí, orbitando con ellos, nunca entendió las intenciones de aquellos seres, que buscaban, o trataban de ocultar, boicotearon el Voskhod II, como se le denominada al acoplamiento metódico de varias naves trasportadoras intergalácticas del tipo Soyuz, las cuales, se transformaban en una estación espacial móvil, que se desplazaba por el espacio para la exploración del sistema solar. Gracias a esa cualidad la URRS, a finales de los setentas había podido llegar a Marte y desde ese momento se había planteado la posibilidad de llegar a Júpiter y Saturno, había un gran interés en las lunas de ambos mundos, los científicos habían especulado que ellas tenían el ambiente propicio para establecer la vida humana en aquellos terrenos.

Alexei, tenía muy presente aquella imagen de su escapatoria dentro del Suyuz VII, desde la ventanilla del piloto podía ver como cuatro de las naves Soyuz no lograron desacoplarse y se mantenían unidas a la fuerza, a la vez que el Soyuz V se alejaba con rumbo a la Tierra y el Soyuz VI, en vez de lograr escapar erraba el curso y se dirigía de lleno sobre lo que aún era el Voskhod II. Recordaba como el espacio perdió su negrura para convertirse en un blanco pálido y absoluto, tan sólo por unas milésimas de segundo, lo suficiente para perder la esperanza, de dejar los sueños que lo alimentaron para llegar a ser el mejor cosmonauta de la

URRS, cuando la luz se apagó, no hubo residuos o rastros de lo que fue la más grande construcción en el espacio. Solo negrura, eterna, perpetúa.

Y él, estaba sólo, su nave había sido alcanzada por una ola expansiva derivada del choque del Soyuz VI con la estación espacial. Los daños eran irreversibles, estaba atrapado en esa nave como una rata. Y a la deriva.

La caída sobre Titán se dio casi una semana después, Alexei había perdido el deseo de vivir, las provisiones de su nave estaban agotadas en ese momento, tan sólo esperaba el abrazo de la muerte en su camarote cuando cayó a ese Satélite, que para su sorpresa, era tan similar a la Tierra, tan verde y azul, era como estar en algún bosque cercano a Moscú, era como estar en casa, cuando era tan joven para que algo lo preocupara, cuando la idea de "colonizar el cosmos" no se asomaba por su cabeza, Y ahora, en ese momento, era el primer hombre colonizando un mundo, al otro extremo del cosmos.

Los días se volvieron semanas y meses que se escurrieron de sus dedos como gotas de agua, no le fue tan difícil adaptarse, la vegetación era tan similar a la terrestre, el agua era potable, tuvo que inventarse una dieta a base de vegetales por que no encontró otro tipo de vida a excepción de la vegetal, pero su conocimiento de ese mundo era limitado, y Alexei estaba seguro de que había vida inteligente en ese mundo, por lo que sabía, Titán era el segundo satélite más grande de sistema solar después de Ganimedes, otro de los grandes objetivos de los científicos soviéticos por su potencial, ya que contaba con un singular campo magnético.

Alexei deseaba aventurarse por aquel mundo, hacer una travesía para conocer las profundidades de Titán, pero la precaución lo detenía, no tenía un arma y equipo de supervivencia, eso lo anclaba a los restos del Soyuz, que gracias a si ingenio, aún mantenía algunas funciones activas, gracias a ello podía refrigerar víveres y mantenerse iluminado, eso le ayudaba con su único distractor, dedicaba sus tardes a retratar el pasaje en lustraciones que hacía en una vieja libreta con cubierta de cuero. En ella plasmó esa escena final, antes del choque de naves que lo orilló a ese mundo. Hizo bocetos de aquellos seres grises y retrató el recuerdo

que tenía del Sol amaneciendo sobre la Tierra, ese era uno de los mejores momentos de su vida, se había dado al inicio de su carrera como cosmonauta, cuando hizo la primera caminata espacial de la cual se tenga historia.

Alexei en algunas noches era perseguido por el recuerdo de esa invasión, los grises aparecieron de la nada, para luego ir destruyendo el sistema que unía a los transportadores, tuvo suerte al estar en posición de escapar, pero tenía un terrible secreto que no podía ocultarse así mismo en esas noches.

Lamentaba ser el único superviviente, no poder salvar a nadie de aquella catástrofe, su único consuelo fue que podría avisar a los hombres de los grises, que su testimonio evitaría otro suceso similar, pero su nave nunca llegó a la Tierra y él jamás volvería a ver a otro hombre en su vida.

Fue en una noche sin estrellas, después de volver a soñar con esa luz que cubrió el cosmos por milésimas de segundo, de volver a sentir el horror que fue todo aquello, de nuevo, esa noche entendió todo, y supo que ningún hombre sabría del sacrificio de los grises.

Fue el segundo contacto que tuvo con los grises, ellos se habían metido por su cabeza, todos esos sueños repetitivos sobre aquel momento, no eran reflejo de un trauma, más bien, eran un mensaje encriptado que se repetía en su cabeza, una y otra vez, hasta que por fin pudo entenderlo, leerlo, todo estaba mal, no era como lo recordaba, como creía había sucedido, no había villanos ni héroes en esta historia, pero si límites profundos para viajeros, y la carga del cosmos solo le correspondía a una especie. No se podía compartir, así había sido desde el origen de esta y otras galaxias.

Alexei despertó después de conocer el mensaje que se reproducía cada noche entre sus sueños, estaba en su camarote sudando a mares y temblando como una gelatina, y fue torpemente a la cabina de mando continuando con la rutina establecida desde que había varado. Se sentó en el asiento ante el panel de control e intentó darle coherencia a las imágenes que se habían manifestado, en aquel paraje lejano a la vigilia, todavía fresco, palpable. De súbito un fragmento

permaneció estático por su memoria. Era la claridad de un deseo, una manifestación de una voluntad que no era suya, más allá de las limitaciones de la razón y la gordura. Salió da la cabina corriendo a toda prisa. Abrió la compuerta de la nave y se confrontó al negro infinito de aquel universo que se asomaba por el horizonte de nocturno de Titán.

— ¡No son los únicos, no son los únicos! No tiene que ser así. —Gritó una y otra vez con todas sus fuerzas a la nata oscura que se asomaba desde la nada.

JAMES GRAY
Merche Jiménez

James caminaba por la avenida del Cid, cabizbajo y malhumorado. El día había amanecido oscuro y lluvioso, uno de esos malditos días en los que no quieres salir de casa. Todo es gris, y la humedad se asienta en los huesos y los vuelve dolorosos. Pero no podía esperar más.

Había apurado hasta el último momento, hastiado por el peso de los años. Era morir o vivir, lo sabía, pero cada vez que llegaba, la fatiga, la dejadez, o ambas al mismo tiempo, lo sepultaban bajo una capa de apatía que solo resolvía con las drogas que su camello abastecía con regularidad.

Con el paso de las horas, su cuerpo había asimilado el medio gramo de marihuana que se había fumado antes de salir. El día comenzó a verlo más blanco y luminosos a pesar de la lluvia, que no daba tregua. Se arrebujó en su carísimo abrigo, y siguió caminando.

Cuando llegó a su destino, decidió esperar en un bar a que se hiciera noche cerrada. Su objetivo era el local de fiestas, exclusivo para féminas, en el bajo de una finca antigua de pisos tutelados. Abría a las doce y cerraba a las tres, pero las clientas tardaban una hora más en salir.

—Hola, buenas tardes… ¿qué le pongo?—dijo el camarero solícito.

—Un Gin tonic, por favor—dejó el abrigo y se acomodó en una banqueta.

El reloj de propaganda de un famoso refresco, marcaba las nueve. Aún le quedaban unas cuantas horas.

Una mesa en el fondo del local llamó su atención. Estaba formado por mujeres de diversas edades. Todas llevaban una banda. Una despedida o un cumpleaños, pensó. Esperaban a que el local de fiestas abriera y aprovechaban para cenar, aunque lo menos importante era la comida.

Tardaron en servir su bebida y James aprovechó para visitar el baño. En el pasillo se encontró con más mujeres que esperaban el turno para entrar. Él solo quería alimentar la nariz con el polvo blanco, que le daba la valentía y lucidez para seguir con su vida, aunque eso fuera lo que envenenó su envase antes de tiempo.

Todas se giraron para ver el magnífico espécimen que tenían delante. Desde luego James no era un hombre cualquiera. Irradiaba un atractivo irresistible para hombres y mujeres, a los que James no hacía ascos. Le gustaba el sexo, adoraba los cuerpos jóvenes y esbeltos. Raro era el día que repetía con amante, por eso dio un breve vistazo a las féminas. Quizás un polvo rápido conseguiría tranquilizarlo.

—Hola… soy Mencía—una jovencita de unos veinte años le abordó nada más salir del aseo.

James sonrió mostrando una dentadura blanca y perfecta. Esa chica parecía especial, y no por su belleza, eran unos ojos azules profundos y fríos. Lo desnudaban.

—Hola… yo soy James—respondió tendiendo la mano.

Mencía hizo caso omiso de su mano y se adelantó para plantar dos sonoros besos que arrancaron vítores entre sus amigas.

—Perdona a mis amigas—rio—estamos de despedida de soltera, y ya sabes… ¿te gustaría tomar algo con nosotras?

—No me gustaría molestar.

—No molestas… te lo aseguro—dijo cogiéndolo por el brazo.

Por arte de magia apareció una silla vacante y James se vio arrastrado al grupo de mujeres que lo miraban ávidamente.

—No eres de aquí, ¿verdad?—Mencía lo miraba con absoluto interés—lo digo por tu acento y tu nombre.

—Soy irlandés, pero llevo más de diez años viviendo en Valencia, y casi veinte en España.

—Vendrías siendo un chiquillo— dijo una de las mujeres más mayores del grupo.

—Me halaga, señora, pero hace mucho que dejé de ser un niño. Ahora me catalogo como un madurito sin pretensiones—le gustaba mentir descaradamente.

— ¿Madurito?... madurito es el bicho con el que me casé hace "muchísimos" años y al que le falta de todo, menos vergüenza—clamó una mujer rubia, de unos cincuenta años, que le guiñó el ojo repetidas veces.

El sonido de las carcajadas fue estrepitoso.

—Perdona a mis amigas… son unas salidas—sentenció Mencía preocupada.

James solo la miró, y atravesó sus ojos intensos llenos de juventud. La sed y el hambre cruzaron todo su ser. La necesitaba.

Mencía se sintió atrapada en su cuerpo, su mente gritó. No sentía el dominio de sí misma. Se levantó y salió a la calle. James fue detrás. Dentro, la fiesta seguía y ninguna de sus amigas se percató.

El resguardo de unos contenedores sirvió a James para desatar su lascivia. El aroma a miedo y sudor fresco lo embriagó durante unos segundos. Los disfrutó recordando los días nublados de opio en un Londres del siglo pasado. El tacto de su piel, que mordió con placer, arrancó unos leves quejidos a su víctima. Se dejó transportar a un estado de éxtasis total. La puso de espaldas con dureza, y le levantó la falda. Agarró con rudeza las nalgas desnudas de la chica que no podía gritar ni suplicar.

James necesitó sentir el dolor, su alimento, y la embistió con furia. Mencía aullaba horrorizada aunque su boca no emitiera sonido alguno. Jadeó en el oído de la mujer durante minutos que se convirtieron en una eternidad para ella.

— ¡Mencía!... ¡Mencía!... pero… ¿dónde se ha metido esta tía?—Rosa estaba en la puerta del bar mirando a ambos lados de la calle. Hacía media hora que no

veía a su amiga, y en el baño no estaba. Al principio pensó que estaría fuera fumando, pero el tiempo pasaba y su amiga no entraba.

James soltó a la chica y le puso un dedo en los labios. La miró directamente a los ojos y acarició suavemente sus mejillas bañadas en lágrimas. Mencía se vio nuevamente sumergida en la profundidad de esos ojos negros como el carbón, sin vida ni alma.

—Estás aquí—Rosa había encontrado a su amiga sentada en el bordillo de la acera—¡joder, tía!... ya te podías haber sentado en otro sitio—dijo señalando a los contenedores—¿te has venido aquí para fumar un porrete?

—Yo… no me encuentro bien—las arcadas doblaron su cuerpo en dos.

—Has bebido mucho… ¿has tomado algo más?

— ¡Qué voy a tomar!... ¿estás tonta?... serías la primera en saberlo—hablaba casi sin pensar, intentando aclarar su cabeza. Por lo menos, su cuerpo sí que despejó todo lo que no quería en su interior. El olor de los jugos gástricos y el vino peleón del bar, se mezcló con los desperdicios de la calle.

—Vamos dentro que empieza a chispear. Solo faltaba que te mojaras y cogieras una gripe. No tienes buena cara… ¿te llevo a casa?

—No… estoy bien—dijo, limpiando su boca con la manga de la chaqueta. No recordaba nada, solo sentía cansancio.

James, bajo la capa de oscuridad de una farola fuera de servicio, vio como entraban las dos chicas en el bar. Siguió en el mismo sitio hasta el cierre, cuando todas las mujeres se limitaron a cruzar la calle y entrar a la sala de espectáculos.

Vio a Mencía agarrada del brazo de su amiga seguir al resto del grupo. James no pudo dejar de relamerse unos labios que habían adquirido un rojo intenso. También su cara había recobrado un poco de color, pero James sabía que sus efectos solo durarían hasta el día siguiente. Tenía que alimentarse de verdad y su cena le esperaba dentro del local.

Llevaba meses estudiando su nuevo cuerpo. Hombre, como siempre.Desde que llegara a ese planeta joven y salvaje al que llamaban Tierra (para su especie simplemente era Apoteca 13) fueron varias las ocasiones en las que estuvo tentado de adquirir un cuerpo de mujer. Un ejemplar bravío y hermoso. Le abriría muchas puertas. Todas si se lo proponía, pero al fin y al cabo, solo sería una bonita cara inteligente. Un hombre tenía poder, y si había dinero de por medio, todo lo demás.

El espécimen elegido era todo músculo de gimnasio, pero sin mierdas en su cuerpo atlético. Alto, de pelo negro azabache y piel aceitunada. Esta vez cambiaba de registro, ya no quería ser un extranjero de refinados modales. Ahora quería un homo como los que salían en la televisión, pero con cerebro y cultura.

El seguimiento había sido fácil. Dormía por el día y trabajaba de noche de striper en el local. Vivía justo encima, en un piso de interior frío y oscuro. El día que lo inspeccionó se quedó sorprendido. Esperaba un antro desordenado y sucio tan tendente entre los chulitos de gimnasio a los que se había aficionado durante una época, pero lo que vio lo dejó desencajado.

La vivienda tenía pocos metros, pero la ausencia de tabiques y el blanco impoluto de las paredes, hacía efecto de amplitud. No eran muchos los muebles y la cocina, de acero inoxidable, brillaba. Todo estaba en su sitio, todo resplandecía. Le pareció extraño, la ausencia de recuerdos personales o fotografías, pero cualquier duda fue desechada en cuanto abrió la nevera. Comida orgánica y fruta, pero sobre todo carne, mucha carne. Ese chico le gustó de verdad. Era un fan de su propio cuerpo y James lo deseó con todo su ser.

Una generosa propina al portero, le dejó atravesar las puertas del local cuando las clientas se habían marchado. La música seguía sonando atronadora en una pista de baile vacía. Todas las luces estaban encendidas, y la claridad solo proyectó un local decrépito, con desconches en las paredes, estratégicamente ocultos por cortinas de terciopelo rojo raído, pero que en la oscuridad servía como espejismo de tiempos pasados.

James seguía sin comprender cómo su “ejemplar” trabajaba en un lugar como ese, aunque había certificado que casi todas las noches se subía a una mujer a casa. Otro punto que le gustó mucho, porque se veía que era un animal sexual. Esa noche no habría mujeres, él sería su amante.

— ¿James?—Alejandro solo preguntó por educación. Sabía que un extranjero lo buscaba sentado en la barra. Se lo había dicho el camarero. Seguramente sería otro “maricón” buscando que su enorme verga lo empotrara contra la pared.

—Tú debes de ser Alejandro—le estrechó la mano con fuerza—me han hablado muy bien de ti y he visto que eres un gran bailarín. ¿Qué género de danza practicas?... o ¿solo te mueves por instinto.

La pregunta le descolocó por completo.

—Yo…

—Perdona…soy un mal educado—interrumpió—soy agente. Me dedico al mundo del espectáculo—James le tendió una tarjeta—como no te veo muy reticente podemos quedar otro día. Te invito a comer, si quieres.

—No… la verdad es que me esperaba otra cosa. Lo siento, tío, pensaba… no sé…

—Me pasa más de lo que te imaginas. No tienes que justificarte.

James buscó sus ojos negros y los atravesó con una mirada profunda y sensual. Alejandro sintió un estremecimiento por todo el cuerpo, un calor que ascendió, y que exploró todos los centímetros de su piel. A la que quiso escapar, su mente se vio atrapada en una especie de celda imaginaria. Todo su ser le era ajeno.

Caminó hasta la salida seguido de James.

Subieron a su piso. A penas les llevó unos minutos que transcurrieron en silencio. James ya no necesitaba hablar. Solo quería comer. Alimentarse y adquirir un cuerpo limpio.

Alejandro cerró los ojos inundados en lágrimas. Su mente le gritaba que nada bueno iba a pasar, pero sus articulaciones no respondían a sus órdenes. Había llegado su final, lo sabía, se lo decían esos ojos carentes de vida y cargados de maldad.

James jadeó sobre el cuerpo desnudo de su víctima. Lo había tumbado en la cama, y se disponía a disfrutar de él con tranquilidad. Tenía unas horas hasta el amanecer, pero no se pudo contener. La esencia de la chica se había apagado antes de lo que a él le hubiese gustado. Estaba sucia de drogas y alcohol, y además, James había detectado una pequeña oscuridad en su pecho derecho. Si no lo cogía a tiempo, en un año sería pasto de nicho.

Lo besó en la boca con furia y hambre. Aspiró con ansiedad, y buscó su lengua voraz. La descarga no se hizo esperar y sintió todo su cuerpo temblar. Alejandro gritó en un último y amargo orgasmo para quedarse quieto, con los ojos abiertos y muertos.

James se tumbó al lado del cuerpo inerte de su fugaz amante. Estaba satisfecho, sentía una nueva energía correr por sus venas. Las manchas pequeñas de su piel, las incipientes arrugas, las canas ocultas bajo tinte… todo desaparecía sin dejar rastro. Los músculos crecían y su pelo oscurecía. Comenzaba la transformación. La regeneración de un ser anciano. Un nuevo envase, nacido y criado en una de las muchas granjas esparcidas por todo el Universo. Tomaría la apariencia de Alejandro. Robaría su vida, pero con toda la fortuna que James había atesorado durante esos años, heredada y aumentada a su vez, por los otros.

Despertó sobresaltado. Se había quedado dormido. Sabía que había esperado demasiado para la regeneración, pero como muchas otras veces, lo había pospuesto por una época de crisis existencial. Los años le hacían más melancólico.

Su ropa ya no le servía, y tuvo que optar por las prendas deportivas con los que se vestía el musculitos. Miró su cuerpo inerte por última vez. Sintió nostalgia

por ese joven irlandés, que conoció en un crucero por el Caribe. Un bello espécimen, pero nada comparado con el nuevo.

El nuevo Alejandro necesitaba respirar aire fresco. Todo su ser pedía a gritos salir a la calle y disfrutar del sol. Aunque había estado lloviendo toda la noche, se entreveían unos pequeños rayos a través de las persianas echadas. Todas las ventanas estaban cerradas herméticamente. Parecían que estaban atrancadas por dentro y fuera.

Desistió sin dar importancia, y subió a la azotea. Quería estar solo en el momento de presentarse de nuevo al mundo. Quería gritar de alegría sin ningún espectador indeseable, y la terraza de la finca era perfecta.

En cuanto salió al exterior, lo primero que vio fue un cielo encapotado, presagio amenazante de un día lluvioso y fresco. El frío no le importaba pero el sol lo necesitaba, esa había sido una de las razones por las que se trasladó a vivir a Valencia.

Una pequeña hendidura se abrió en el cielo y aparecieron unos titubeantes rayos.

Alejandro se tumbó en el suelo y cerró los ojos. Abrazó con ansiedad la luz, luz que comenzó a filtrarse por su nueva piel. Al principio no calentó demasiado, pero conforme el sol fue cogiendo fuerza en lo alto de la ciudad, un picor empezó a recorrer todo su cuerpo.

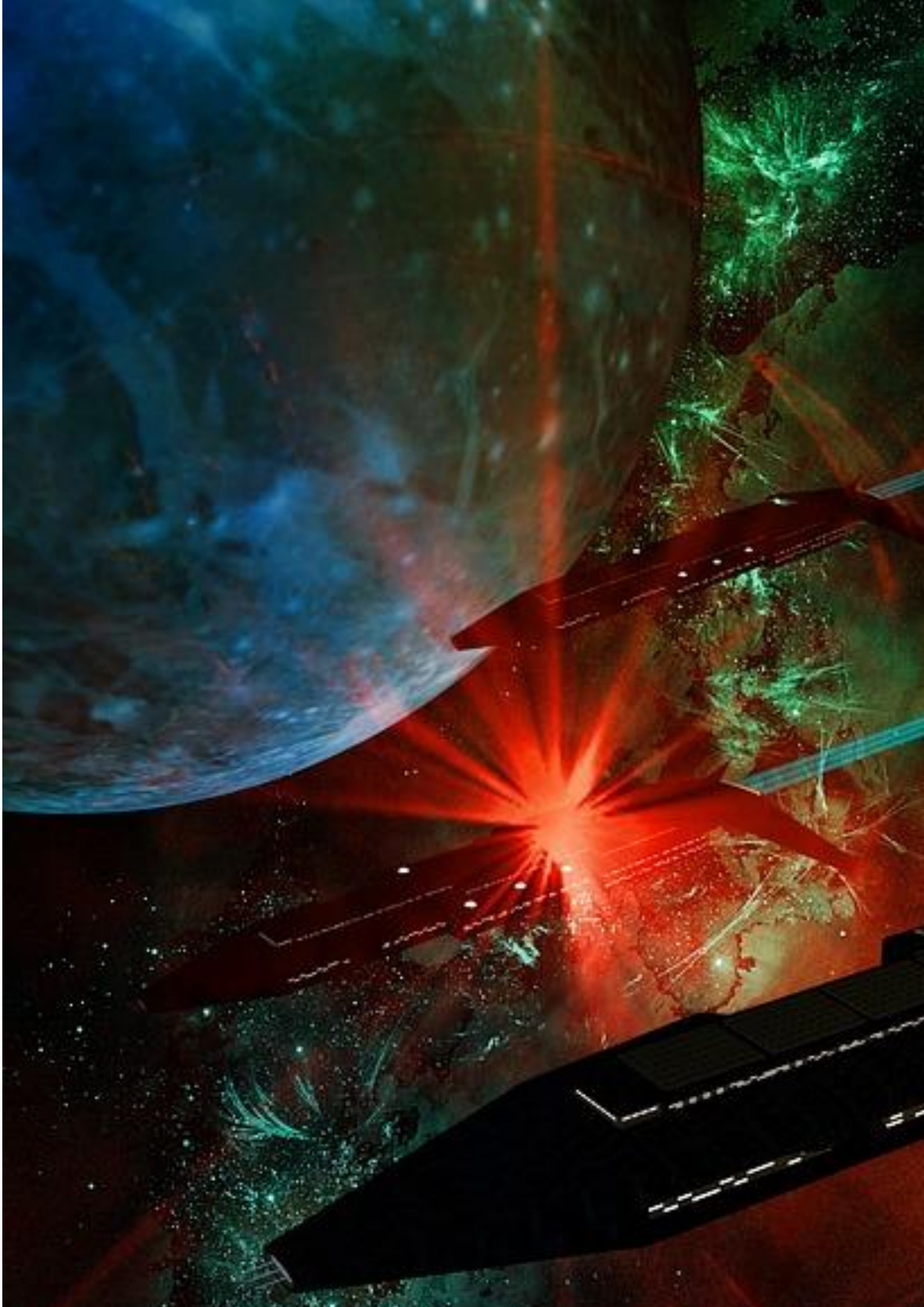
—Pero…—abrió los ojos de golpe. La piel le ardía, y un dolor profundo asestó su cabeza. Se llevó las manos a la cara para protegerse del dolor y tocó con absoluto horror unos colmillos excesivamente largos para un humano.

—No puede ser… no puede ser—no dejaba de repetirlo como si fuera una triste cantinela.

En un vano intento de salvarse y enmendar su grave error, corrió hasta la puerta de la finca, pero el sol, grande e implacable, apareció en el cielo y echó los nubarrones que habían sido dueños de toda la semana.

Alejandro comenzó a arder, a ser pasto de unas llamas voraces, que solo dejaron como presente, un montón de ceniza que un suspiro de la brisa se llevó, tan solo unos segundos después.

Alejandro, James, Abel, Adrien, Augusto…



LLEVÁNDO EL FUÉGO
Emilio Vilaró

Bréves nótas sóbre las funciónes del Ministério de los Territórios Lejános Extraterréstres

Nótas jocósas escrítas por la Diósa Amír (en sus inícios, sin experiéncia en éste trabájo), en su misión como única Inmortál en la náve, pára llevár el fuégo al planéta que lo había perdído.

El Réino·Universál (R·U) tiéne un Ministério muy especial llamádo «Territórios Lejános Extraterréstres», pára los cásos en que algúna galáxia, sistema solár o planéta de su Réino, ténga problémas y su responsabilidád es la de resolvérlos.

Cási siémpre éstos sucésos se preséntan a ciéntos o míles de áños luz del céntro del Réino·Universál, péro cualquier incidénte, por muy distánte que séa, si no se resuélve, al final siempre acaba creando problémas al Réino·Universál.

Éste ministerio fue creádo, cuando por priméra vez se recibió un mensáje de solicitúd de auxílio de un planéta muy lejáno que pedía que les enviásen «El Fuégo», ya que lo habían perdído y llevaban generaciónes sin él. El fuégo en ése planéta, por su combinación de gáses no se podía creár, había que traérlo de fuéra de su planéta y galáxia. Éste planéta al estár tan aisládo, nádie lo visitába o prestaba ayúda.

A pesár de los ciéntos de áños que tódo el proceso íba a llevár, la ilusión de ayudár a ésos extráños fué tal, «en especial debído a que lo que pedían éra tan símple», que el cósto de enviár úna náve con el fuégo, nunca fue discutído y fué el início de la ayúda a los necesitádos del univérso.

El moménto del despégue de la náve con la ayúda, fué el evénto más vísto en la história del univérso.

En el céntro del vehículo espaciál y visible desde fuéra grácias a úna estructúra de cristál, se púso úna preciósa antórcha que se había encendído con la láva de un volcán histórico y mítico, que se mantuvo iluminída durante tódo el trayécto, pasándo por míles de planétas e informándo a su páso, el motívo de ése fuégo, la razón del viáje, y de la disposición del Réino·Universál de ayudár a quién lo necesitáse.

Cuéntan, que cuando la antórcha descendió sóbre el planéta que lo había pedído, los extraterréstres de ése lugar entraron en la náve y con respéto acercáron viéjas vélas, e iluminíron con éllas tódas las cásas de su planéta.

* * *

La cantidád de planétas, sistemas soláres y galáxias que se uniéron al Réino·Universál por ésta acción de solidaridád al necesitádo fue enórme.

* * *

Cuando éste Ministério se ocúpa de úna misión de éste típo, hay muchas cósas a considerár y tiéne sus própias reglas debído a lo particulár de éstas misiónes. Ponémos aquí algunos conséjos, réglas o sugeréncias «de úna manéra no oficiál», pára el reclutamiénto, comunicaciónes, logística de éstas misiónes y algunas respuéstas a preguntas frecuéntes que se nos hácen.

***

.1 Lo más rápido que podémos enterárnos de su probléma, es a la velocidád de la luz, y lo más rápido que podémos resolvérlo es a ésa misma velocidád. Dependiéndo de en dónde esté su planéta, la solicitúd de ayúda nos llegará generaciónes después de que se hága y cuando la recibámos se necesitarán varias generaciónes pára preparar tódo, llegár a ustédes, al probléma y a tratár de resolvérlo. ¡Piénsenlo bién, ántes de pedír ayúda!

.2 A los únicos planétas que ni intentámos ayudár, son aquéllos que se están alejándo tan rápido del céntro del Réino·Universál que por múcho que córran nuéstras náves, cáda día, ésos planétas están más léjos. Y los ótros son aquéllos que están tan léjos, que cuando recibímos la solicitúd de ayúda, suponémos que ya ni exísten o no

existirán cuando lleguémos. A todos éllos les sugerímos que créen o se acerquén a un céntro de ayúda más cercáno.

.3 Si el que presénta el probléma y solicitúd de ayúda, espera respuesta duránte su vída, es probáble que séa competéncia de otro ministério.

.4 Si piénsan que en únos ciéntos de áños, ustedes mísmos lo podrían resolvér, no envíen ningúna solicitúd.

Los problémas más moléstos pára nuestro departaménto, son los que ya no exísten o que ya se han arregládo o cambiádo cuando los hémosído a resolvér o que la solución no éra la deseáda. Recuérde que si tenémos que volvér a comenzár el procéso, como mínimo lo dejarémos pára los próximos milénios, síglos o si hay prísa, pára la próxima generación.

Un mensáje con sólo la palábra ¡AUXÍLIO!, nos sírve de póco.

.5 Si álgo lo hémos logrado hacér en sólo úna generación, es que no lo hémos preparádo bién.

.6 El encontrar génte pára úna misión en la cual sólo los tataraniétos llegarán, no es fácil de conseguír. Múchos de los que píden el trabájo, no están bién de la cabéza, lo comprendémos, péro éso no impórta, lo importánte es el estado mentál de sus descendiéntes, el que súbe a la náve no tiene náda que hacér y además, allá no llegará.

No es necesário que la génte que se envía, sépa náda del probléma o cómo resolvérlo. Lo deberá aprendér la generación que séa la que llégue al destíno.

.7 Los que más sufrén ésta situación en el viáje son los que ni han partído, ni llegarán, o séa los que nácen y muéren en la náve. En nuéstro círculo intérno se les lláma —los pringádos—, hay un monuménto en el Réino·Universál dedicádo a éllos, por su labór tan póco reconocída.

.8 Las pruébas de salúd física y fertilidád son obligatórias.

.9 Hay que enviár siempre ménos génte de la necesária pára resolvér el probléma. Ya se reproducirán los necesários duránte el viáje. No cuénte con polizónes,

autoestopístas, astropatéras, o emigrántes legáles o no pára completár la misión, éso núnca ha ocurrído. Éntre planétas lejános, todo ésto no exíste.

.10 Llevár tódo lo necesário… lo de que, «el que no tiene memoria tiene piérnas, aquí no sírve».

.11 En el destíno no hay persónas de contácto y puéde que ni se acuérden que han pedido ayúda. Es por ésto que siempre insistímos que indiquen ótro plan de ayúda altérno por si acáso.

.12 Tódas las náves puéden ir a más de la velocidád de la luz, péro es mejór ir un póco más lénto y así no viajár a oscúras, podér escuchár la rádio y leér. A más de la velocidád de la luz, tódo es oscuridád, no se óye náda y no sabémos el porqué.

.13 A pesár de que las náves tienen úna biblioteca razonáble, lléve buén materiál de lectúra, varias generaciónes lo leerán. Que séan en el idióma de éste ministério, el Esperánto. Las óbras complétas… de cualquier autór, Las Mil y úna Nóches, De la Tiérra a la Lúna, El Viáje interminável, El cuénto de nunca acabár, 20 000 Léguas de Viáje Submaríno, La vuélta al múndo en ochénta días y Esperándo a Godót, gústan múcho.

.14 Al partír, existirán muchos idiómas y rázas. Al llegár, sólo el idióma de ésta administración y algúno más, el tiempo nuestro amígo, nos háce el favór de arreglár éste castígo de las lénguas. La ráza de llegáda, es úna mézcla de tódas.

.15 No lléve regálos… ¿a quién se los va a dar? Y náda de pílas o baterías.

.16 No se pregunta núnca a los aspirántes si piensan volvér…

.17 El que se va, no vuélve… y si alguien viéne, no es de los que se han ído de aquí.

.18 Sólo se pára o disminúye la velocidád, si al páso, está algúna de las Siéte Maravíllas del Univérso.

.19 No se hácen escálas (El motívo reál es que después de haberlas hécho en los inícios de éste Ministério, la génte núnca volvía a subír a la náve).

.20 En el espácio hay pócas sómbras, póstes, líneas eléctricas o anténas, y tódo se muéve muy despácio, es el sítio perfécto pára fotografiár y ustéd tendrá múcho tiémpo, lléve úna buéna cámara; sí, digitál, si no ¿en dónde va a revelár los carrétes?

.21 El idioma oficiál del Réino·Universál —el Esperánto— es el que se úsa en tódas las misiónes de éste ministério, tódos los participántes deberán aprendérlo duránte el viáje pára su comunicación.

.22Reclutamiénto:

Un buén sistema pára conseguír génte pára la misión, es pagárles el suéldo de tóda la vída por adelantádo, esto atráe a los que tienen algunas obligaciónes importántes, o que deséen tomárse las vacaciónes de su vída ántes de partír, (las Vacaciónes Galácticas, las llaman algúnos). El suéldo de úna vída da pára múcho.

Hay ótras persónas a las cuáles el viáje les puéde interesár: Los arruinádos, los que los han dejádo su marído o mujér, los perseguídos por la justícia, un póco como la Legión Extranjéra Estelár, aquí no se pregunta nómbre, se le da, y no hay problémas con la justícia, ya que núnca volverán, es en realidád, úna cadena perpétua espaciál.

Sólo hay que recordárles que tenémos un equípo de seguridád muy eficáz, que le pondrá a bórdo, el día acordado pára su despégue.

.23 ¿Úna vez se ha partído, se puéde cambiár el rúmbo, amotinárse, parárse en el primer planéta que se véa? Buéno, hay únos, dos o tres motínes por generación, péro las náves siémpre han seguído su cúrso.

.24Úna vez se lléga y se resuélve el probléma ¿qué se háce con la náve y la génte?

Lo increíble es que después de 20 o 100 generaciónes, los que lléguen se póngan a trabajár y resuélvan el probléma, la última generación está tan ansiósa de llegár y realizár la misión que casi nunca hémos tenido problémas.

Al llegár la náve es de su propiedád, La náve lléva úna buéna bólsa de Óro, «Monéda etérna de la Humanidád» pára instalárse en el nuevo planéta.

Núnca hémos recibído «úna náve de vuélta», lo cual muéstra que la aceptación, agradecimiénto, y adaptación al llegár, es totál.

* * *

Nóta del Autór:

—Ésta óbra está tildáda, o séa: las palabras llévan la tílde (´), en el sítio en donde está el acénto.

Después de míles de lectúras de óbras así escrítas, podémos asegurár, que su lectúra, (sálvo las priméras páginas), es la normál, y al leér así, no hay ningúna diferéncia de pronunciación a la habituál.

PRIMER CONTACTO
Ricardo Manzanaro

- Todo sucedió cuando faltaban tres días para que terminara la estación de los dos soles - le comenzó a relatar a su sobrino -. La tarde anterior había fallecido un vecino del pueblo. Llevaba varias semanas enfermo, aquejado de fiebres, y las pócimas que le dio el médico no consiguieron frenar el avance de la patología.

Precisamente durante la reunión del Consejo Municipal para organizar las honras fúnebres del vecino, ellos llegaron. Unos vecinos acudieron a nosotros asustados, diciendo que un objeto extraño y grande se había posado en la pradera del sur. Raudos nos desplazamos hasta allí y lo vimos. Su forma semejaba la de una enorme araña, pero se veía claramente que se trataba de un artefacto, elaborado con algún tipo de metal.

De repente, uno de los flancos del objeto comenzó a deslizarse con rapidez, dejando finalmente un amplio hueco. Y por ahí comenzaron a salir ellos.

Su altura era casi el doble que la nuestra. Solo tenían dos piernas, fuertes y gruesas, pero poco flexibles. Lo mismo ocurría con sus brazos. Su cabeza era más grande y...Bueno, no sé por qué te cuento todo esto si ya estás acostumbrado a ellos.

Tras unos momentos iníciales de alarma, pudimos constatar que, a pesar de su extraño aspecto, eran seres inteligentes. Antes de terminar el día, habíamos conseguido una comunicación a base de dibujos y signos, elemental, pero suficiente para poder entendernos. Los visitantes dijeron que eran la primera expedición procedente de su planeta, situado en un sistema solar cercano. Y, por nuestra parte, les mostramos mapas del territorio, y les describimos nuestra biología y forma de reproducción, así como nuestras costumbres, fiestas, bautizos, bodas y...ritos funerarios. Les invitamos a asistir al del vecino que acababa de fallecer.

Nada nos hacía sospechar de ellos. Se comportaban dignamente y eran muy amables. Durante todo el funeral permanecieron en respetuoso silencio, un poco apartados de nosotros, mientras llevábamos a cabo el acostumbrado ritual: la recogida de sus ropas y enseres, el traslado a la pira funeraria de la familia, la unción del cuerpo con los aceites sagrados, el empalamiento del cadáver en el madero de la pira, y el encendido de la misma. Poco a poco fue consumándose la cremación, mientras humos y olores nacían y se elevaban, para fundirse en el ambiente. Fue entonces cuando uno de ellos pronunció aquellas palabras que jamás he olvidado.

- Jooooder, esto huele que alimenta...

Y a partir de entonces, un poco después...

Un prolongado y estentóreo bocinazo le interrumpió. La multitud de congéneres que les rodeaba comenzó a moverse lentamente, mientras se escuchaba una potente voz que repetía “Haaaale, hale, venga palante…”

- ¡Tío! ¡Tío! ¿A dónde nos llevan?

Abundantes polvos se derramaron sobre el grupo

- ¡Tío! ¡Tío! ¿Qué es eso que nos echan?
- Pimienta… - suspiró el alienígena

“García García Hnos.

Fabrica de ETs al ast

Producción masiva para establecimientos de hostelería

Exquisitos ETs. Calentar y servir”

LOS LINDOS Y LOS FEOS
Adhemar Terkiel

Muchas veces, mis relaciones aún me preguntan por qué un hombre como yo, con los pies tan bien apoyados sobre la tierra pudo dejar de escribir aquellas interesantes novelas realistas que tanto éxito prometían traer, para concentrarse exclusivamente en un género tan distante y volado como lo es la ciencia-ficción. Quienes recuerdan mi juventud, pueden aún verme leyendo novelas policiales y de suspenso, con algunas visitas fugaces al género de espionaje. Y también recordarán mis comienzos literarios como escritor dramático, siempre tratando problemas realistas que perfectamente le podrían estar sucediendo a muchos de aquellos que me rodeaban en esas épocas, siempre historias que bien podrían ser verídicas.

Y sin embargo el cambio en mi actitud fue rotundo y a la vez inmediato, sin que mediara un tiempo para la reflexión y el medir cuantitativa y cualitativamente cuáles serían las consecuencias que me traería aparejada tal inesperada metamorfosis creativa. Aún hoy me reprochan por la enorme cantidad de lectores que me abandonaron y cuántos más podría haber captado de continuar con mi línea original. Me hablan sobre el mal negocio que hice y que se encontraba totalmente peleado con lo que podríamos denominar como algo racional, pensado y meditado largamente, en la cama abrazado a mi inseparable almohada consultora. Los hombres de negocios que tanto abundan en mi familia, aún me critican con dureza por ese tan mal paso que había dado y que parecía no tener ninguna marcha atrás.

La única respuesta que siempre me atreví a darle a mis detractores es que hay cosas que nos ocurren en la vida y nos condicionan, obligándonos a tomar decisiones que, si bien no parecen las más adecuadas, son las únicas que podríamos adoptar. Y por supuesto, nunca hablé con nadie sobre la naturaleza de

esas cosas. De más está decir que me juré a mi mismo guardarlas en el más absoluto de los secretos, tanto las circunstancias acaecidas como los orígenes de ciertos pensamientos que aparecen con asiduidad en mis relatos y que equivocadamente los lectores los confundieron con un alegato racista que terminó por complicar aún más mi endeble situación. A pesar de lo que mis críticos llegaron a opinar sobre mí en frases lapidarias, el racismo está muy alejado de mis sentimientos y se sorprenderían sobremanera si llegaran a captar el significado real de esos tan discutidos conceptos.

Pero el tiempo ha ido transcurriendo, ha borrado ciertos temores y aplacado un sinfín de antiguas pesadillas que me han ido acompañando y atormentando en cada momento de mi vida y, ésta me encuentra hoy viejo y pobre, un tanto abandonado y hambriento, carente de las ideas que nunca pueden dejar de poblar en la mente imaginativa de un escritor, sobre todo cuando se trata de un autor de un género en el que la imaginación juega un rol tan preponderante.

Es por ese motivo que hoy he decidido no callar más y, con la esperanza de mejorar mi situación económica, contaré todo, aún sabiendo que nadie creerá mis palabras y, tan solo dirá con un tono aburrido que se trata de otra de mis fantásticas historias de ficción científica.

Fue durante mi juventud, cuando estaba logrando vender mis primeros cuentos dramáticos, cuando escribía en un oscuro y húmedo apartamento interior que utilizaba a modo de oficina, que comenzó todo.

Yo estaba frente a mi antigua máquina de escribir (en aquel entonces aún no se habían inventado los procesadores de texto que tanto nos simplificaron la vida posteriormente) escribiendo una historia sobre un hombre falsamente acusado de golpear a su mujer y violar a su hijastra y sobre las consecuencias que eso le estaba aportando a su vida en todos los aspectos, cuando alguien con muy poco sentido del oportunismo, golpeó la puerta con temor e insistencia.

Era de noche y me sentía demasiado agotado por el esfuerzo que me estaba deparando ese relato que no imaginaba que abandonaría ese mismo día para ya

nunca más volver a retomarlo. Al entornar la puerta con desconfianza, vi la presencia de un hombre de escasa estatura y aspecto insignificante que me miraba nervioso y asustado, como esperando a unos perseguidores que en cualquier momento llegarían y el tiempo lo estuviera apremiando, mientras temblaba y me imploraba para dejarlo entrar.

Contra todas las reglas que nos dicta la sabiduría de la prudencia, le di cabida a mi condición de escritor plagado de curiosidad y le permití el paso aunque no podía esperar nada trascendente de tal visita.

Se sentó en un destartalado sillón donde, al tiempo que me aceptaba una taza de café que le ofrecí y, mientras lo sorbía aún tembloroso, sus confusas palabras comenzaron a fluir de su boca.

- Sé que no va a creerme, pero lo estuve pensando bien y he decidido contarle a alguien los principales detalles de mi vida y al leer algunos de sus escritos, en seguida comprendí que usted era la persona que tanto andaba buscando. Es ese el motivo por el que hoy estoy aquí hablando con usted. - Hizo una larga pausa como tratando de buscar las palabras más adecuadas a la situación, y cuando lo logró dijo; - Provengo de un planeta que gira alrededor de la estrella a la que ustedes los terráqueos denominaron con el nombre de Arturo.

- Creo que se equivocó de persona - le interrumpí. - Tengo un conocido que escribe ciencia-ficción con gran solvencia, un género que a mí no me interesa y él puede ser el más indicado para escuchar su historia.

- Sé perfectamente a quien me dirijo - se enojó el hombre mientras levantaba la voz. - Un escritor de ciencia-ficción aunque no lo pensara, seguiría ciertos tecnicismos propios del género que a mí no me servirían de nada ya que mi historia no es una fantasía, es realidad pura.

No llegué en ese momento a comprender cómo ese individuo podía seguir insistiendo con la veracidad de tal historia, pero guardé silencio y dejé que continuara. Pensé equivocadamente que una vez que se hubiera retirado, no tendría ningún inconveniente en borrar de mi memoria tal visita y continuar

con lo mío. Mi visitante siguió con su alocución, ahora mucho más entusiasta y seguro de sí mismo que al principio.

- Es un planeta que estuvo durante miles de años, dominado por dos grupos étnicos claramente definidos y bien diferenciados. Los Groks fueron por naturaleza los dominadores del mundo, unos seres afortunados, elegidos por el destino, de una belleza sin par que cada vez que realizaban alguno de sus gráciles movimientos o sacaban música de los sonidos de sus labios, las flores se abrían en coloridos pétalos y los pájaros comenzaban a cantar sus dulces melodías, todo el mundo vibraba de emoción al paso de cada uno de ellos. La otra raza, la mía, la de los Rigss en cambió, se la podría definir como el peor adefesio que la madre naturaleza debía haber creado, sentíamos gran vergüenza al mirarnos al espejo o salir a la calle y ser observados hasta por el más estúpido de los animales que, muerto de miedo se escondía en el primer lugar que encontrara.

- Pero yo lo miro a usted y no lo encuentro tan feo - observé.

- Cállese la boca, por favor. Usted no entiende nada. Yo no podría caminar por este planeta con mi forma real sin crear un pánico atroz entre los nativos. Tampoco trate de imaginar qué tan feos éramos porque, por más que lo intente no lo lograría. Llevo conmigo un disfraz que me permite camuflarme con efectividad entre ustedes sin causar ninguna sospecha ni aprehensión. - Y dicha esta acotación, continuó con su relato. - Los Groks convirtieron a mi pueblo en esclavo y nos dedicamos durante cuatro siglos a humillarnos al servicio de tanta belleza incomparable.

- Espere un poco - volví a interrumpir aún sabiendo que a aquel supuesto alienígena le podría volver a importunar. Pero ante tal disparate filosófico, no podía permanecer callado. - Tengo dos objeciones que hacerle y espero que me permita hablar sin interrumpirme. - Lo miré con cierta ansiedad y para mi sorpresa, se limitó a asentir. Así que continué; - Lo que usted me está diciendo es terrible desde cualquier punto de vista en que nos pongamos. En primera instancia, el concepto de la estética es algo totalmente subjetivo y

depende de la enculturación de los pueblos. Su grupo étnico era considerado feo tan solo porque los Groks o como se llamen se autoproclamaron como lindos y se convirtieron en el ideal de belleza del planeta. Si los Rigss se hubieran independizado y creado un nuevo entorno en algún punto del planeta alejado de los Groks, entonces hoy se definirían a sí mismos como los más hermosos del universo, y no habría nadie en ningún lugar del orbe que pudiera negarlo. Al final ustedes hubieran sido quienes vieran a los Groks como unos rotundos adefesios. –Me detuve un instante haciéndole una seña con la mano indicando que aún no había concluido - Pero veamos alguna situación particular. Por ejemplo, si yo me cruzo en la calle con una mujer gorda y rolliza, mal vestida y a quien le falta la mitad de los dientes, voy a decir que es una fea mujer porque en la Tierra tenemos un ideal femenino asociado con la delgadez y la pulcritud. No obstante lo cual, aunque todos coincidamos con su falta de estética, nadie puede nunca rechazar a la persona ni negar la belleza interior que seguramente tendrá y solo podemos encontrar en caso de que pudiéramos tratarla con cierta profundidad. Estoy seguro que con su pueblo pasa algo similar. - Al decirlo, me sentí satisfecho por haber sido tan claro y específico, considerando que lo mío era una verdad tan absoluta que no cabría ningún tipo de respuesta. Sin embargo no fue así.

- Parece difícil hacer entender a un terrícola cuál es la realidad que le estoy planteando sin que salga con esas frases antirracistas pre armadas que tanto los caracteriza y les resultan tan útiles. Bien, esos parámetros que usted maneja con tanta soltura y seguridad no se adaptan a lo que es mi mundo. Nosotros nos sentíamos muy agradecidos de los Groks por habernos permitido servirles y compartir con ellos toda su inmensa bondad. Y dábamos el máximo de nosotros mismos para dejarlos tan satisfechos como ellos se merecían.

La verdad es que yo cada vez entendía menos esa historia. En caso de que fuera cierta, ¿de qué bondad me estaba hablando? ¿Cómo podían ser los Rigss tan ingenuamente alcahuetes de quienes los habían esclavizado con el

único pretexto de la belleza y los estaban utilizando como querían para obtener sus propios provechos sin importarles cómo viviera la contraparte? En fin, preferí dejar de lado mis razonamientos y escuchar lo que venía después que, aunque parezca mentira, resultó ser mucho más espeluznante que lo anterior.

- Hasta que un gobierno Grok lleno de sensibilidad y humanismo se interiorizó de nuestros pesares y proclamó un edicto piadoso en el que ordenaba la muerte inmediata de todos los Rigss. No debía quedar ninguno de nosotros con vida. Aún me emociono y me dan ganas de llorar al recordar tanta delicadeza. Cómo se llenaron de satisfacción los corazones de mi raza al escucharlo. Tal vez esa fue la más grande jornada en la historia de mi mundo."

- Pero, ¿qué me está diciendo? - estallé. - Eso que usted me cuenta no es otra cosa que el más sangriento y horrible de los holocaustos. Ese gobierno no fue para nada mejor al de Hitler o cualquier otro terrible tirano de los tantos que siempre poblaron nuestro planeta. Supongo que habrá salido todo un gran movimiento de resistencia Rigs para combatir esa absurda barbarie."

- Vuelve usted a equivocarse. - Cada vez podía yo entender menos tanta tranquila frialdad y resignación de su parte al explicar los pormenores de tal genocidio. Acaso los Groks (porque yo no podía denominar lindos a esos monstruos que actúan de esa manera) habían realizado tal trabajo de lavado de cerebro en los Rigss que cualquiera de ellos aceptaría de buen grado todo lo que viniera de sus patrones, incluso aquello que yo estaba escuchando. Mi visitante continuó - Mi gente aceptó de buen grado esa sabia decisión producto seguramente de largas horas de meditación y de intensas e interminables sesiones de debate que culminaría en el final de los problemas de un planeta.

- Lo que yo pienso es que ellos ya no necesitaban más de sus servicios y por eso decidieron acabar con ustedes.

Él pareció ignorar mi último comentario y continuó;

- Todos esperaron con entusiasmo ese gran momento y recibieron con alegría el impacto definitivo que acabó con la pesadilla. Hubo alegres fiestas para celebrarlo y por un momento, mi pueblo conoció aunque no más fuera en forma fugaz, el significado de la felicidad. Todos menos yo. Si me lo pregunta, no sé cuál fue el motivo que me impulsó a correr como un desesperado que huye del infierno hasta el espaciopuerto y secuestrar la nave que me trajo hasta aquí. Nunca voy a poder perdonarme tanta cobardía de mi parte, ese no aceptar como corresponde el destino que la vida me había asignado junto con mi gente.

- Yo le voy a decir qué fue lo que ocurrió en verdad con usted. Fue su instinto de supervivencia lo que le impidió sumarse a esa orgía de horror y convertirse en otra víctima de una inmunda masacre. Usted hizo lo correcto al ver que nadie reaccionaba como se debe hacer y salvar cuanto menos su propio pellejo.

A esa altura de la conversación, pude comprender que él estaba tan congraciado con su relato que ya no prestaba más atención a lo que yo dijera.

- Pero ellos saben que hay un sobreviviente, un fugitivo que hizo que su espléndido trabajo no estuviera culminado al no encontrarse completo. Ellos me están buscando y mi instinto Rigs me indica que están sobre la pista y que hallarme será tan solo cuestión de días. Entonces no volveré a cometer ese error y me enfrentaré a ellos y al fin podré descansar.

En esa etapa de su alocución, yo me encontraba aturdido y destrozado ante esa absurda filosofía extraterrestre. Y también me congraciaba de no pertenecer a ese horrible mundo. En ese momento pense equivocadamente que nunca podría llegar a comprender tales razonamientos que superaban mi ingenua comprensión. Mi interlocutor insistió;

- Ya le he contado cómo fue que llegué a este planeta tan hermoso en el que da gusto vivir, sin lindos ni feos, y cuáles fueron los motivos que me trajeron

hasta usted. Pienso que mi historia carece de sentido alguno si no me dejo ver ante mi confesor tal como realmente soy. Prepárese que le prometo que no le va a ser fácil resistir lo que está por ver.

Al escuchar estas últimas palabras, levanté ambas cejas con la curiosidad en la mirada y sin preocuparme por el resultado. Estaba seguro que ese individuo no debía ser algo tan feo. Después de todo, esa historia no podía ser real, tanto por lo inverosímil que era como por su absurdo significado. Quedé ahí quieto mirándolo fijamente sin proferir palabra alguna, sin siquiera pestañear, aguardando por el momento que a esa altura, se convertía en lo más esperado de todo, en la culminación de nuestro diálogo. Tal vez pasaron solo algunos fugaces instantes, pero para mí, aquello fue algo interminable mientras con indescriptible sorpresa vi cómo ese pequeño personaje de aspecto insignificante, con ambas manos se estiraba la piel hasta arrancársela para descubrir lo que tan bien se escondía detrás de ella.

Y lo que vi, no existen expresiones en nuestra lengua para describirlo. Aún tiemblo cada vez que intento recordarlo y en este momento, me encuentro transpirando mientras trato de encontrar las palabras exactas. Entre gritos histéricos de terror, vi ese cuerpo de una repugnancia tal que echaba por tierra aquello que yo con tanto convencimiento le había expresado en mi inútil intento de convencerlo de que se encontraba equivocado en todos sus razonamientos.

Mis alaridos previos a mi posterior desmayo, deben haber sido tan fuertes que cuando desperté, descubrí que mis vecinos del piso se encontraban allí tratando de reanimarme. Cuando logré hilvanar algunas palabras, fue para preguntar si alguien había llegado a ver al intruso en algún momento.

La respuesta generalizada fue que nadie había alcanzado a ver a alguien que tuviera un aspecto que resultara sospechoso.

Luego de eso, tardé unos cuantos días en recuperarme y volver a mis libros. Algo muy importante había ocurrido en mí y, sabiendo que en el

infinito del cosmos existen otras realidades que pueden llegar a ser peores que la nuestra, ya no pude volver a escribir las historias realistas que, en ese entonces tanto me caracterizaban. El hombre injustamente acusado de maltratar a su esposa e intentar violar a su hijastra, quedó en el olvido con todos sus problemas y nunca pensé siquiera en retomar tal relato. En cambio, en la fantasía científica encontré el desahogo a mis pánicos que por varios años me impidieron dormir bien durante la noche.

Por piedad a esa pobre criatura llegada del espacio, fue que decidí guardar silencio sobre el asunto y me juré que nunca contaría a nadie tal historia. Hasta ahora logré sin dificultad mantener mi juramento y no revelar a nadie mi terrible secreto. Pero, como ustedes mis lectores de tantas historias imposibles de suceder, pueden comprender, hoy fue la necesidad la que me obligó a cambiar de opinión.

Solo espero por el bien del Rigs que golpeó mi puerta y me convirtió en el último testigo de sus pesares, que sus hermosos perseguidores a quienes me quedé sin conocer, le hayan finalmente dado caza y que pudiera expresar una sonrisa triunfal frente a sus ejecutores mientras ellos cumplían con su deber de acabar para siempre con el peor engendro que la naturaleza pueda haber legado alguna vez al universo.

UN TIEMPO LEJANO
Mawrur

Sueño a menudo con un cielo azul lleno de nubes blancas que se mueven lentamente con la brisa. Cientos de vencejos giran rápidamente sobre nuestras cabezas. En ese cielo brilla el sol con tonos dorados ocultándose en los lejanos montes del oeste. Atardece poco a poco. Al anochecer las estrellas comienzan a centellear. Grillos, mochuelos, murciélagos, salamanquesas, polillas… la fauna nocturna sale de sus escondites. El olor de la dama de noche lo llena todo. Se que es el sueño de las noches de mi infancia. Un tiempo lejano.

Todos los demás sueñan cosas parecidas. El ocaso en Brooklyn. La noche veneciana. La infancia en Hanoi. Buenos Aires. Tanger…

Son sueños reparadores, añoramos lo que ya no tenemos y ya no existe.

¿Pero qué existe ahora? ¿Nosotros, este lugar, *ellos*?

Hace meses, o años, que perdimos la cuenta del tiempo. Todos los días son iguales. Nos levantamos todos a la vez, estamos en una sala sin ventanas por lo que no podemos saber la hora del día. De unas ranuras en las paredes tomamos los platos con los que comemos unas gachas insulsas de desayuno, de almuerzo y de cena. Esos son los únicos momentos fijos durante los días, las semanas y los meses; levantarnos, comer y volver a dormir todos a la vez.

Mi condición siempre ha sido la de una persona introvertida, poco dada a hacer amigos e involucrarme en grupos grandes. De entre los cien que somos, aquí tengo únicamente dos personas que podría llamar amigas y que más o menos congeniamos: un argentino, de Buenos Aires; y un egipcio, alejandrino para más señas, que habla un español antiguo y extraño, dice que sefardí pero que es suficiente para entendernos.

En el grupo somos dos tercios de mujeres y uno de hombres. Todos tenemos teorías y quizás sean todas falsas, muchos pensamos que seremos una colonia. Desconocemos por qué estamos aquí; ni cómo llegamos, apenas recordamos como fuimos abducidos o raptados; únicamente la Tierra y la misma época nos unieron. Nunca llegamos a conocernos antes entre nosotros.

Desconocemos qué son nuestros captores. Dónde estamos… Tenemos tan pocas ideas que cualquier elucubración puede ser pura fantasía.

De vez en cuando vienen a visitarnos y aunque hemos intentado averiguar una pauta no ha sido posible. Aleatoriamente, de vez en cuando, uno de ellos aparece antes de que nos despertemos y permanece todo el día entre nosotros observándonos desde muy cerca evitando tocarnos. Luego vuelve a irse cuando todos dormimos, por lo que desconocemos cómo puede entrar (o salir) de la Sala.

Alguien dijo que el ser, o el extraterrestre, era un ángel enviado por Dios para salvarnos; y, le contestaron, que por qué no un diablo que está aquí para castigarnos, en el Infierno que vivimos, de los pecados que pudimos cometer. El extraterrestre tiene figura humanoide pero con cuatro o seis brazos, es semitransparente y cuando intentas fijarte en cómo es por dentro parece desdibujarse los contornos y las líneas convirtiéndose en una masa gris y sin forma. Está y no está.

Hace días que se rumorea en atacar al ser. Un grupo bastante grande de nosotros lo está planeando, lo quiere rodear y no dejarlo ir, turnarnos durante las horas de sueño y averiguar cómo intentaría salir de la Sala. En el caso más extremo querrían atacarlo y atarlo con nuestras ropas. ¿Podrían atar a la nada? Después de eso… no había plan para el después, habría que improvisar… como la vida misma.

No todos estábamos de acuerdo con el plan, creíamos que fallaba en todos sus puntos porque no controlábamos nada de donde estábamos. El ser o los seres

que nos visitaban eran casi incorpóreos. Desconocíamos el lugar donde estábamos retenidos, podíamos estar en el fondo del mar, en una cueva a cientos de metros de profundidad, o incluso en una nave en medio del espacio. Comparándonos con ellos nosotros éramos las cobayas para experimentar, los especímenes de un zoológico y ellos podían ser los mismísimos dioses del Olimpo.

Decididos la mayoría en hacerlo, únicamente teníamos que esperar.

El tiempo pasó. Los hombres seguían esperando.

Los seres nunca habían tardado tanto en aparecer entre ellos. Parecía que sabían sus intenciones.

El ser nunca volvió. Nunca volvieron.

El grupo creció, nacieron niños y niñas de parejas que se habían formado y que luego se rompieron; esos hombres o mujeres se transformaron y volvieron a unirse con otras u otros. Crecieron. Fueron. Eran.

La Sala se transformaba a su vez, crecía y se arrugaba, aparecieron pasillos que se dirigían a otras salas y de ellas se abrían otros oscuros pasillos que se unían en salones aún más grandes. Se extendieron.

Continuaban aguardando, ya no con tanta furia e ira. Querían respuestas. Volvieron a hablar los antiguos mitos en nuevos escritos, con las mismas preguntas hechas durante milenios y las mismas respuestas vacías. La misma adoración, idéntica contestación.

Años, décadas, siglos o milenios, ¿Cuánto tiempo pasó? Ya no podían reconocerse entre ellos, incluso ni a sí mismos. No eran las mismas personas que llegaron. Los sueños eran de todos, las historias individuales eran colectivas, la habían vivido todos: el dolor, el placer, las risas, el llanto, la tristeza o alegría. El pensamiento compuesto llegó a ser más grande que el pensamiento individual.

Abducción: fueron raptados, hombres y mujeres; fueron llevados a un lugar atemporal y adimensional; serían el nacimiento de una nueva y mejorada humanidad fórmica.

CÓMO INICIAR UNA CONVERSACIÓN CON EXTRATERRESTRES

María Zapata Clavería

La exolingüística o el estudio y desarrollo de la comunicación interplanetaria se remonta a los albores de la exploración espacial y ha integrado a lúcidas mentes de las más diversas disciplinas, neurociencia, lingüística, poesía, física, ingeniería, filosofía, unidas en pos de una respuesta al reto de establecer comunicación con civilizaciones extraterráqueas.

La bibliografía que se ha generado a lo largo de los últimos cinco siglos es vastísima y está catalogada en la BIE[1]. Abarca aspectos tan variados como la posibilidad de compartir una marcocognitivo capaz del intercambio de información, la comunicación telepática, la comunicación empática, los sistemas de escritura remota, los canales ultralumínicos o el comparativismo exolingüístico, por citar los más relevantes.

Los detractores del desarrollo de la disciplina, que han sido numerosos y muy destacados[2], esgrimen la posibilidad de que las civilizaciones susceptibles de establecer contacto no alberguen intenciones pacíficas y que lo más plausible sería envolver la Tierra en un mutismo protector, que la haga pasar desapercibida ante eventuales barridos procedentes de otros sistemas en busca de mundos habitados. Los legitima, sobretodo, la experiencia terrícola donde el contacto entre civilizaciones ha desembocado, en el mejor de los casos, en la asimilación, cuando no directamente en la aniquilación de la más débil. Se les achaca una visión antropocentrista de la cuestión, ya que sus pronósticos no son otra cosa

[1] BIE son las siglas de Biblioteca Internacional de Exolingüística.
[2] El ya concluido proyecto SETI que entre finales del siglo XX hasta bien entrado el XXI se dedicó a rastrear desde los ordenadores personales de miles de usuarios las señales procedentes del cosmos fue uno de los primeros espacios donde se expresaron estos temores, que han resultado, hasta la fecha, infundados.

que proyecciones del comportamiento humano más allá de la propia especie y carecen, por tanto, de todo fundamento empírico.

Otra línea de pensamiento, que tuvo un amplio predicamento en el siglo XXVII, y que puso en jaque la continuidad de los estudios de exolingüística, es la que sostiene la imposibilidad metafísica de comunicación interplanetaria debido no solo a las incompatibilidades físicas o culturales de cada una de las especies, sino a la inviabilidad de la decodificación de los mensajes por carecer de un contexto mínimamente común que haga posible la inferencia de significados complejos. Si bien es cierto que es un riesgo innegable, también hay que recordar que las leyes físicas y matemáticas se aplican sobre todo el universo y que, por tanto, serían estos hechos, conocimientos y experiencias comunes el punto de partida. Sería solo cuestión de tiempo que se pudieran abordar cuestiones de otra índole.

Ha sido, sin embargo, en el ámbito de la poesía donde se han desarrollado tesis más provechosas y con una utilidad más efectiva de cara al desarrollo e implementación de tecnologías aptas para la comunicación interplanetaria. La flexibilidad, ductilidad y plasticidad del lenguaje y el pensamiento poético ha logrado, en el último siglo, abordar la cuestión desde perspectivas innovadoras que auguran un porvenir venturoso a la disciplina exolingüística.

LA SOLUCIÓN MÁS EFICAZ
Andrés R. Soto Valencia

Spab había acudido al llamado de los Visitantes. Lo convocaban urgentemente al transporte en el que había estado ya varias veces.

Había sido uno de los primeros Individuos en subir a uno de sus vehículos. Lo hizo temeroso y fascinado por el descubrimiento inaudito que había vida inteligente en otros planetas. Como miembro de la clase científica su misión era conocer y entender a los Visitantes para explicarlos después al resto de los Individuos.

Los Visitantes eran muy distintos a ellos y sin embargo compartían tantos intereses y características: eran curiosos, inteligentes y tenían sorprendentes soluciones técnicas para enfrentarse a los desafíos de la existencia. Confiaban en su tecnología para dejar atrás su sistema solar original, salir y conocer los secretos del universo.

Spab tenía millones de preguntas. Ellos se mostraban cooperativos, pero a veces no tenían respuestas inteligibles o decían que las respuestas que los individuos buscaban no existían o no podían formularse: ¿Porqué dejar su planeta? ¿Qué buscan en las estrellas? « Necesitamos saber » contestaban los Visitantes. « El pasto es más verde de otro lado de la cerca » Le respondían después « ¿Qué es el pasto? » Preguntaba Spab, y los visitantes estallaban en un despliegue gesticular provocado por la pregunta. « ¡Es gracioso! » decían « ¡Cuando nuestro cerebro recibe un estímulo humorístico tenemos una reacción corporal: la risa! ». Los Visitantes lo dejaban perplejo.

Cuando alcanzó los niveles superiores de la enorme estructura subterránea donde se encontraba vio que muchos Individuos corrían apresuradamente en sentido contrario, bajando a los niveles inferiores del complejo de manera agitada y rápida. Se veían aterrados.

Le dijeron algo desconcertante: Los Visitantes estaban llevando a algunos Individuos a su gran embarcación en órbita contra su voluntad. No había duda. Lo habían hecho frente a todos, y de manera violenta.

Spab aceleró el paso. Estaba intentando encontrar una explicación racional a la noticia cuando una explosión cimbró el suelo. Cayó, desorientado por el ruido y el impacto. Se recuperaba apenas del golpe de la deflagración cuando llegó otra explosión. Y luego otra. El terror comenzó.

El fuego encendió el aire del complejo. Los pasillos y corredores en los niveles superiores se llenaron de un plasma ardiente que calcinaba todo lo que encontraba a su paso.

En medio de la confusión y el miedo Spab comprendió: Los Visitantes se abrían paso a los niveles inferiores del complejo destruyendo todo. Escuchó sus armas : artefactos espeluznantes y mortíferos que nunca antes le habían mostrado. Entre la ceniza y el humo vio a muchos Individuos inertes por el suelo y otros más despedazados por los proyectiles lanzados por los Visitantes. Spab no olvidaría nunca más esos momentos.

Varios niveles más abajo la resistencia se preparaba. La clase guerrera era ya poco numerosa en esos tiempos y resultó evidente que no era rival para los Visitantes.

Spab trataba de alcanzar el corredor de interconexión por el que había ingresado al complejo. Durante un corto instante se sintió aliviado al ver la entrada del túnel, pero el terror regresó enseguida al ver la entrada del corredor volar en pedazos y algunos Visitantes entrar al complejo desde el otro lado. Tenían artefactos que lanzaban fuego.

Algunos guerreros se lanzaron contra los Visitantes, arrancando los cascos que protegían sus cabezas. Lograron neutralizar a algunos de ellos pero fueron aniquilados por los lanzallamas y artefactos explosivos.

Los Individuos transmitían mensajes rápidos y contradictorios. Spab sintió miedo, tristeza y furia cuando una de los mensajes decía que los Visitantes habían alcanzado el último nivel y el pabellón de crianza y las incubadoras estaban en llamas...

II

El último fuego había sido apagado. Había cenizas humeantes por todas partes pero lo peor había pasado.

Dos Visitantes cargaban a una esbelta y elegante criatura. En los rayos del sol del crepúsculo de ese mundo el color de su piel era indefinida. Podía ser clara y en algunas partes transparente. Cuando se movía, era posible ver fluidos moverse bajo la piel cuando movía sus extremidades. En otras circunstancias hubiera podido decirse que el ser era hermoso. Lo depositaron frente a un grupo de Visitantes.

«¡Spab ! Me da gusto que hayas sobrevivido » Dijo uno de ellos.

« ¿Porqué han hecho esto? ¡Han destruido nuestras ciudades! ¡Han matado a nuestros hijos! » Respondió el ser en una voz con muchas inflexiones guturales que a oídos de los visitantes se oía extraña, imposible.

« Spab, la Inteligencia Artificial a bordo del crucero diagnosticó que tu especie y sus posibles contribuciones científicas son tangenciales para nuestro desarrollo. » contestó calmadamente el Visitante.

« Hubieran podido irse de este planeta sin destruirnos, pasar de largo, ignorarnos... ¡y no me llames Spab! ¡Ese no es mi nombre!

« El problema, « Espabilado », es que los minerales y materiales encontrados en sus complejos son de utilidad primordial para nosotros, ¡los necesitamos! Aunque tenemos equipo para terraformar en el crucero, la Inteligencia Artificial calculó que utilizar su « ciudad » como mina era la solución más eficaz. Pero tú

eres inteligente, de los más listos de tu especie, « Espabilado », sobrevivirás, guardaremos algunos ejemplares de tu raza para su estudio y aprovechamiento. Necesitamos que nos expliques algunas cosas salvables de su tecnología. La división biotec está muy interesada en su almacenamiento de información molecular y cómputo orgánico, por ejemplo. ¡Te van a proponer trabajar directamente con ellos! »
« Ninguno de nosotros aceptará una vida de esclavitud » respondió el ser.

« ¡Nosotros, los Individuos, no hemos necesitado salir de nuestro planeta y aniquilar a otros para manifestar nuestro máximo potencial!»

« Oh, eso no es verdad » dijo el Visitante «Siendo nuestro colaborador, la I.A calcula que tendrás un potencial infinito. Pronto lo sabremos ¡lleven a Espabilado al crucero! ».

La lanzadera se elevó por el aire, silenciosa. Sin que ningún Individuo pudiera saberlo en uno de sus costados podía leerse «RECURSOS PLANETARIOS UNIDOS. INDUSTRIA TRANSFORMADORA. PLANETA TIERRA ».

UN EXTRAÑO SENTIDO DEL PUDOR
Marcelo Medone

Estoy cansada y me duelen todos los músculos. Los Ellos nos están cercando. Cada vez quedamos menos: ahora somos Uri, Fonso, los dos gemelos adolescentes –Leo y Dan- y yo. El pasado mes perdimos a Meia y a Gara: las extraño desde el fondo de mi alma a mis hermanas queridas. Por suerte lo tengo a Fonso, que se ha convertido en mi compañero íntimo y mi sostén espiritual. Cuando estoy por flaquear, él me levanta. No es fácil enfrentarse a los Ellos, apenas si podemos entenderlos, son seres de otro mundo, con otros códigos y motivaciones que desconocemos. Como resultado, somos mutuamente hostiles y extraños. Nosotros queremos solamente sobrevivir, pero los Ellos quieren exterminarnos. En el choque de culturas siempre predominó el afán de conquista y dominación por encima de la confraternización. Los Ellos son implacables.

El nuestro es uno de los tantos grupos que aún vagan por la Tierra, escapando como ratas de los Ellos. Hace medio año nos rastrearon y nos ubicaron en las afueras de San Carlos de Bariloche, contra la cordillera de los Andes. Nos escapamos a tiempo de evitar una masacre y bajamos hasta Esquel. Cuando estábamos tranquilos, nos localizaron de nuevo: tienen unos drones avanzados con rastreadores térmicos infalibles. Nosotros apenas tenemos alguna tecnología básica: armas de fuego de pólvora –primitivas pero efectivas a corta distancia-, gafas para ampliar el rango de luz visible, luces frías ultravioletas.

En Esquel nos estuvieron asediando durante tres semanas, hasta que logramos salir, de noche, arrastrándonos por las cloacas, no sin perder a más de la mitad del grupo en el intento. Huimos hacia el océano Atlántico, atravesando la llanura patagónica. Cada tanto nos cruzábamos con alguna patrulla de Ellos, que nos disparaban a matar ni bien nos veían. Continuaron nuestras bajas. Al ser menos, aumentamos nuestra movilidad, pero es duro dejar atrás a los compañeros.

Luego de quince días de viaje llegamos a la ciudad de Trelew, muy cerca del mar. Pero allí ya había un grupo de Ellos esperándonos, listos para ultimarnos. Por suerte, los descubrimos con nuestros visores especiales y nos desviamos hacia la reserva de fauna de Puerto Madryn, junto a la costa. Nuestra esperanza era poder engañar a los sensores térmicos de los drones entre la multitud de animales salvajes.

Debo reconocer que la multiplicidad de vida autóctona de la reserva me ha dejado maravillada. Además de la inmensa cantidad de lobos y elefantes marinos que pueblan las playas y los pingüinos que anidan entre las rocas, encontramos guanacos, zorros y aves de todo tipo. Y, por supuesto,las majestuosas ballenas resoplando en la bahía y los grupos de orcas emboscando a los lobos marinos en la orilla: por su astucia asesina me recuerdan a los Ellos. La única diferencia es que las orcas matan para comer y nuestros perseguidores lo hacen para exterminarnos. Pero aquí estamos, en este tiempo y en esta circunstancia que nos toca vivir.

Lamentablemente, no disponemos de demasiado tiempo para distraernos contemplando esta magnífica naturaleza: estamos demacrados, hambrientos y enfermos. Tenemos las manos y los pies llagados. Hace varios días que se nos acabaron los paquetitos deshidratados de proteína concentrada e incluso el agua dulce. Por suerte, Leo trae en su morral un desalinizador portátil de emergencia para poder beber el agua del mar. En una oportunidad logramos derribar con nuestras armas a un guanaco solitario y lo devoramos hasta los huesos. Otra vez, capturamos un par de pingüinos y los trajimos al campamento que armamos en el acantilado, pero nos resultaron repugnantes incluso asados, con su hedionda y grasosa carne que huele a pescado podrido.

Con Fonso y Uri nos turnamos para hacer guardia. Somos más vulnerables de día, porque no tenemos demasiado lugar para escondernos: vivimos agachados contra el piso seco y pedregoso. Los Ellos son capaces de ver un rango de colores diferente a nosotros y utilizan esto a su favor. Por suerte, con nuestras gafas podemos contrarrestar esa ventaja. Además, los Ellos tienen un olor penetrante

que hace que si el viento es favorable podamos detectarlos más fácilmente. Tenerlos cara a cara sería un suplicio para nuestros sentidos.

Estrictamente desde lo físico, tenemos otras diferencias más evidentes, lo que nos vuelven mutuamente repulsivos. No me imagino teniendo sexo con uno de sus guerreros. Nuestros cuerpos ni siquiera sabrían cómo acoplarse si pudiéramos vencer la repugnancia. A pesar de todo, los científicos dicen que somos idénticos desde el punto de vista bioquímico y metabólico fundamentales. Postulan que es por aquello de la panspermia: un único origen en toda la galaxia. Genética y evolución modelando especies alienígenas.

Además de evitar ser descubiertos por los Ellos, tenemos que mantenernos con vida en un ambiente hostil. La Patagonia argentina puede ser cruel en el invierno. Una cosa es ver las imágenes en un documental y otra sufrirla en carne propia. Por suerte, ya armamos nuestra rutina de supervivencia.

Durante el día, tratamos de mezclarnos en la colonia de elefantes marinos: al desplazarnos cerca del suelo con la cabeza gacha, no desafiamos su orden jerárquico dentro de la colonia y nos ignoran o en todo caso nos toleran como alimañas inofensivas.

Por las noches, nos acurrucamos en un hueco del acantilado y nos frotamos para calentarnos. El viento frío del mar puede ser impiadoso. Hace varios días que adoptamos de común acuerdo el sexo grupal. Yo ya había estado con Fonso, pero dejamos las inhibiciones atrás y hasta los gemelos participan entusiastamente de nuestras orgías de calentamiento. Por suerte, están tan débiles y flacos que ya ni eyaculan, pero nos acoplamos con el desenfreno y el frenesí propios de seres que saben que al día siguiente pueden estar muertos. Seamos realistas: cada día enfrentamos la extinción a manos de los Ellos.

* * *

Estoy en el acantilado, muerta de miedo y cansancio, con el ánimo destrozado. Uri y Fonso me abrazan íntimamente y me están penetrando juntos, dándome aliento. Leo y Dan ya no están más con nosotros: se arriesgaron a buscar agua hasta la orilla en el peor momento, al mediodía, cuando los Ellos

tienen su mejor rango de visión. Los cazaron como moscas en una telaraña: vi cómo los descuartizaban y les arrojaban los restos a los lobos marinos y a las gaviotas, que se hicieron una fiesta. Fonso me acaricia el rostro y contiene mis lágrimas, mientras milagrosamente eyacula de forma múltiple adentro mío. Siento sus fluidos calientes que me invaden y me dan un poco más de calor. Uri, prudentemente, se retira y nos deja solos.

* * *

Luego de una semana más, en la cual sobrevivimos comiendo huevos de pingüinos y la carne de un cachorro de elefante marino que encontramos muerto –seguramente aplastado por un gigantesco macho en celo-, no nos quedan esperanzas de seguir esquivándolos a los Ellos. Voy a extrañar este lugar tan hermoso, con estos cielos y aguas verdes, la algarabía de rugidos y graznidos, el rumor de las olas golpeando en la playa y estos ocasos rojos intensos.

* * *

Finalmente, nos han hecho prisioneros. Es la primera vez que estoy en contacto tan estrecho con un alienígena. Contra todo pronóstico, no nos han matado. Nos dieron de comer proteína bovina y frutas locales, nos ofrecieron agua fresca y un sitio para recostarnos. Creo que quieren estudiarnos y por eso nos mantienen vivos.

No hablamos el mismo idioma, pero intuyo que hay gestos universales que sirven para comunicarnos. Cabezas gachas y músculos relajados significan sumisión, cabeza y miembros en alto rígidos, amenaza. Me cuesta acostumbrarme a ver a un antropomorfo movilizándose erecto, solamente sobre sus miembros posteriores: yo nunca podría lograrlo con mis cuatro extremidades reptadoras. Sus ojos en medio de la cabeza me resultan extraños, pero supongo que a un bípedo los ojos en la cima de su cabeza les resultarían poco prácticos. Lo que más me sorprende es su piel descubierta de pelos en su mayor parte, que entiendo que es natural y no porque se depilen. No sé qué haríamos nosotros sin nuestro pelaje protector.

Su rango vocal nos resulta insoportablemente chillón. Evidentemente, no hacen uso de la comunicación por baja frecuencia que es algo habitual entre nosotros. Por otra parte, parecen incapaces de ver en infra y ultrarrojo como nosotros. Sospecho que lo que los Ellos definen como “azul” es una variante de nuestro verde. Para nosotros, el verde de los árboles y de la hierba no difiere demasiado del verde del agua y del cielo. Y no hablemos del olfato. Los Ellos son tan ineficientes oliendo que dan lástima. Quizás por esa razón necesitan impregnarse con tantos olores artificiales desagradables y ofensivos.

Más allá de algunas de estas características que mencioné, me tiene sin cuidado saber mucho más de los Ellos: solamente quiero que nos dejen en paz. Pero no se da la recíproca con estos alienígenas locales: un individuo hasta me revisó íntimamente con sospechoso interés. Creo que nunca antes había visto a una hembra multivaginal. Supongo que él ni siquiera tiene dos penes, por la forma en que se acomoda la entrepierna a través de su pantalón. Debe de tener intercambios sexuales sumamente aburridos.

Al principio me molestaba que nos observaran como sujetos de laboratorio, pero ya no. Intentaron ponerme vertical sobre mis patas pero no es una habilidad que domine. A algunos parece que les causa gracia vernos correr como lagartos peludos, pero así es nuestra naturaleza.

Estos autoproclamados “humanos” tienen afición por documentar todas nuestras actividades. No me agrada el encierro forzado al que nos someten, pero la verdad es que estaba cansada de seguir huyendo. He aprendido a ser feliz solamente por el hecho de estar viva en un planeta extraño. Una se acostumbra rápidamente a todo.

Pueden estar horas filmándome teniendo sexo múltiple con Fonso y con Uri a la vez, obturando mis cuatro vaginas al mismo tiempo. Debemos de ser todo un espectáculo para los Ellos. Incluso me parece que están felices de observarnos e incluso algunos comienzan a excitarse. Estos humanos tienen un extraño sentido del pudor. A veces pienso que estamos inaugurando la xenopornografía.

OXO

UN ACTO DESOBEDIENTE
Carlos Enrique Saldivar

Me llamo Fi, vengo de un mundo lejano. En mi lugar de origen eran visibles dos ciclópeos soles rosados y cuatro lunas blancas. Había un clima tropical permanente, una civilización poco numerosa, aunque con gran capacidad de supervivencia y leyes que promovían la paz y la igualdad en nuestra sociedad. Pero muchas veces las leyes son fáciles de romper, así la maldad y la locura se esparcen con gran facilidad. Una gran guerra acabó con los habitantes de Ficonia, un planeta dos veces más grande que la Tierra. Devastamos nuestros océanos, nuestros recursos, contaminamos nuestro hábitat, luego nos atacamos mutuamente, el ensañamiento se intensificó tanto que comenzamos a devorarnos entre nosotros. Fue lamentable. ¿Por qué actuamos de esta manera? Los pocos sobrevivientes que quedaban en ese momento, y que muy pronto fenecerían, jamás consiguieron explicárselo. A pesar de que algunos habían recapacitado, otros continuaron con el caos y la pesadilla, no les importó que el *depredador absoluto* (hablaré de él en un instante) estuviera haciendo mella de todo aquello que se moviese y respirara. Mis progenitores decidieron ponerme a salvo del peligro y me enviaron en una nave prototipo hacia la galaxia más próxima, esperando que pudiese arribar en este globo azul. Los sabios de mi planeta detectaron este sitio, habían intentado estudiarlo desde lejos; no consiguieron demasiada información, aunque sí la suficiente para los fines de un viaje de emergencia. Antes de morir, mi padre, uno de los pocos ficonianos que seguían vivos, y que estaba siendo devorado por terribles bacterias artificiales (desde antes que yo naciera las denominaban el *depredador absoluto*) diseminadas en toda Ficonia por causa de la guerra, me brindó un mensaje:

«Hijo, no hagas con ellos lo mismo que hicimos con los nuestros».

Sé que esas bacterias cubrieron Ficonia y acabaron con todos los seres vivientes. Algún día esas criaturas microscópicas serán dueñas de dicho mundo, evolucionarán, dominarán, y el ciclo volverá a repetirse. Es momento de olvidar

el pasado, una nueva vida me espera, aunque, ¿cómo podré desenvolverme aquí? No sé. Mi enorme cerebro está repleto de dudas. Al menos me mantengo con vida, eso tranquiliza mi ser.

Llegué a la Tierra hoy, una tarde en la que gotas de lluvia caían con suavidad sobre el piso. Ya estaba acostumbrado a este fenómeno, lo había vivido en mi lugar de origen. Pero estos trozos de agua eran más pequeños, más dulces, muy distintos a los gruesos pedazos de líquido que, a veces, nos inundaban a mí y a mis familiares. Había una gran extensión de arena frente a mí, no muy lejos podía verse mucha agua. De hecho, más allá de la enorme extensión de líquido no se distinguía nada más, excepto el cielo que adoptaba tonalidades multicolores. Salí de la pequeña nave, la cual había quedado enterrada muy al fondo de la arena. En cuanto estuve fuera, el armatoste se desintegró, los átomos de sus restos se perdieron en el aire para siempre. Era lo mejor, no debía quedar huella de mi arribo en este mundo. Aún no. Intenté aclimatarme a la nueva atmósfera, era más cálida que la mía. Mis articulaciones se resintieron, pero debía inspeccionar la zona, por lo que seguí avanzando. Me preocupé, ¿qué haría si me encontrara a algún terrícola? Tenía dos opciones:

Comunicarme, y conseguir que me comprendieran.

Huir, y permanecer oculto de por vida.

Podría esconderme bajo aquel mar inmenso, era capaz de aguantar la respiración durante horas. A lo mejor podría habitar bajo la arena.

No puedo pensar bien, tengo mucha hambre, ¿qué podría comer aquí? No había pensado en eso, soy carnívoro, quizá algunos animales pequeños; sería cuestión de buscar.

Hay una casa delante de mí. Es pequeña, de una sola planta, parece hecha de un material liviano, es bonita, luce bien junto al paisaje que le rodea.

La entrada de la vivienda se abre.

Veo salir de esta a una agraciada criatura, es casi tan pequeña como yo, delgada, piel oscura, cabello del color de la noche, corto; tiene una vestimenta larga, de una tonalidad brillante, similar a la de los soles que nos alumbraban a mí y a los míos hace tanto tiempo. Sus extremidades son bellas, todo el conjunto

es hermoso. Parece una preciosa pieza de arte. Empieza a hacer unos movimientos raros, creo que baila, se mueve para adelante y para atrás, sus extremidades inferiores dibujan círculos en el suelo, ríe y se tapa el rostro con la extremidad derecha. Con la extremidad izquierda coge un objeto hecho, al parecer, de un material resistente y riega unos cubículos con organismos de aspecto vegetal. Sí, es una terrícola de pocos años. Nosotros, según los datos que he revisado, vivimos el doble: yo tenía poca edad cuando partí de mi globo, ella ha de tener también pocos años. Me gustaría entrar en comunicación, es un ser muy agradable, me gusta, mucho.

Se da media vuelta e ingresa en la casa con rapidez. Quisiera avisarle que no lo haga, decirle tantas cosas… No. Si me ve, se asustará.

No me doy cuenta de la trayectoria de mis actos: he avanzado hasta la humilde residencia y estoy frente a la puerta. Pienso en tocar…

No. Se va a aterrar. No entenderá mi idioma… pero tenemos tantas cosas en común, muchas más de las que ambos tal vez podríamos imaginar, quizá… puede que… No. Retrocedo, es lo mejor.

Y tropiezo.

Ella sale de súbito y me ve, tirado sobre el suelo de piedra, arrastrándome, intentando erguirme. Grita, con una potencia increíble. Se desmaya.

Me acerco a ella con sigilo, pienso en lo que he de hacer a continuación, irme sería lo indicado, empero, una extraña necesidad nace en mi interior, es poderosa, urgente; *tengo hambre*, toco su precioso cuerpo, *mucha hambre*. Le destrozo el vestido, *demasiada hambre*. Paso mi lengua por sus formas, saben muy bien. Mi órgano muscular se divide a su vez en varias lenguas que cubren al ser, las puntas ingresan en sus cavidades. *No aguanto más*.

La atraigo hacia mí, y la devoro.

¿Por qué lo he hecho? ¡Por qué!

Es mi naturaleza.

¡Por qué!

La necesidad surgió en mí, y eso fue todo. Es lo que soy.

No siento ninguna pena, tal vez podría acostumbrarme a comer esa carne

terrícola, lo haría de cuando en cuando, o seguido, solo habría de ser cauteloso, astuto, a lo mejor…

Oh, surge un dolor horrible en el centro de mi estómago, *¿qué será?*

El sufrimiento aumenta, crece, *¿qué es esto?* Comienza a destruir mis entrañas.

¡Ohhhhhh… qué monstruoso tormento! ¡Duele, duele bastante, es como si se hubiera encendido un horno en mis cavidades digestivas! ¡No lo soporto! ¡No lo…! ¡No! ¡NO!

Sé que voy a morir. Intento llegar al océano, ese lugar será mi tumba, me enterraré en el fondo de aquella arena submarina, lo más adentro que pueda. Jamás encontrarán mis restos.

Mi padre me había indicado que no lastimara a nadie.
He desobedecido y tendré lo que merezco.
Pues ya recuerdo el porqué de su advertencia.

VIVEN BAJO LAS PIEDRAS
Dan Aragonz

Jugaba a apilar piedras y a construir ciudades, de las que tanto había oído hablar a sus vecinos en el pueblo, cuando un aire frío lo despabiló. Se dio cuenta que, casi, era de noche, y se levantó, preocupado, y se sacudió la ropa. Pasaba las tardes enteras en aquella planicie del monte y, ese día, había olvidado hacer su trabajo. Lo peor era que Brot no se veía por ninguna parte. Sin embargo, confiaba en que su pastor alemán, aparecería apenas se pusiera en marcha. Normalmente, regresaban al pueblo más temprano. Pero se distrajo jugando y había olvidado cuidar del rebaño.

Silbó a las ovejas, que pastaban en los alrededores, y una veintena de criaturas lanudas y patas delgadas, se acercaron al oírlo. Sonrió. No tenía problemas en controlarlas y cuando contó la última, cerca, se acomodó la vara que utilizaba como bastón, en la espalda, y se puso en marcha para descender. Las ovejas, a pesar de su blancura, empezaban a mimetizarse en la oscuridad y eso le preocupaba. Al llegar a las piedras que le servían de escalera, se detuvo.

— ¡Brooooot! ¡Nos vamos a casa! —pero el pastor alemán no deba señales.

Como era casi de noche, algunos ruidos propios de la naturaleza empezaban a inquietar a Noah. Y era normal. Sus vecinos no dejaban de repetirle que ciertos animales salvajes salían cuando la luna se asomaba. Tenía que darse prisa. Su abuelo debía de estar preocupado o, peor aún, molesto por su retraso.

Cuando la última oveja pasó por su lado, retomó la marcha. Iba en la mitad de la pendiente, bajando, cuando escuchó ladrar a Brot. Estaba seguro que un animal salvaje andaba cerca. Pero no era raro. Ya era de noche.

Regresó saltando de dos escalones, hasta que llegó a lo alto de la loma. Las ovejas se quedaron a medio camino masticando el yerbajo. Agitado, por el esfuerzo, Noah, respiró profundo. No veía a su sabueso por ningún lado. Sin

embargo, cuando volvió a escucharle vio donde estaba. Tenía el lomo erizado y le gruñía a la nada.

— ¿A quién le ladras?—dijo Noah, al tenerlo cerca.

Guardó cierta distancia por lo enfadado que se veía Brot. No ladraba de manera amistosa como cuando le daban su comida. Sino como lo hacía con el esposo de la señora Carmina. Un vecino que molestaba al perro cuando lo amarraban a la reja del taller por portarse mal.

Le acarició la cabeza a su perro y rió de los nervios. Brot insistía y enseñaba sus dientes y la saliva le colgaba del hocico. No había manera que se calmara. Delante de ellos solo había un bosque que apenas se veía por la oscuridad.

— Vamos que allí no hay nada—y el niño se giró a las escaleras pensando en las ovejas que podían perderse.

Ese rebaño era todo lo que el pueblo tenía para pasar el invierno que se acercaba.

Pero desde allí no podía ver a los animales. Solo la luna llena sobre el pueblo que parecía un enorme ojo, observándole.

— ¿Qué no me oyes? ¡Mi abuelo se enfadara con ambos y te volverán a amarrar a la reja del taller!

Pero visto que no hacía caso, lo agarró del collar y le dio un tirón.

Fue entonces, cuando vio a qué le ladraba Brot. Estaba delante de ellos y no se había dado cuenta. Apenas se veía y si lo contaba a sus vecinos, nadie se lo creería. No podía haber dos lunas al mismo tiempo.

Al esforzar su vista, nervioso, se dio cuenta de lo que pasaba.

Ambos estaban frente a una delgada capa semitransparente, que se sacudía como una sabana colgada de un tendedero. Era como una enorme burbuja y la luna llena se reflejaba en ella y Brot le ladraba a su reflejo.

Noah se sacó la vara de la espalda y le dio con la punta para ver si la reventaba. Era de una sustancia extraña. Como si una telaraña gigante colgara de la nada. La atravesó de una estocada sin conseguir alterar su consistencia. Seguido la revolvió como una cuchara a una taza de té y no insistió. Continuaba agitándose por el viento y fue cuando abrió los ojos como platos y salió corriendo asustado. Su imagen no se reflejaba en la capa que se movía delante.

Se detuvo para no tropezar con el primer escalón y se tranquilizó. Quizás lo había imaginado. Aunque eso era poco probable. Brot continuaba ladrando. Lo escuchaba, claramente. Nunca lo había visto tan alterado. La saliva había formado una posa en el suelo y ese era el problema. Su abuelo le había contado de ciertos animales que perdían la cabeza en ocasiones. Que se volvían locos por la rabia y que había que sacrificarlos. Noah se puso en marcha y bajo los escalones hasta que alcanzó a las ovejas que continuaban masticando yerba. Su perro podía desconocerle y no se quedaría a averiguarlo. Llegó a los pies de la escalera y reunió al rebaño. De pronto, su perro apareció y lamió su mano como si nada. Noah desconfiado le devolvió el gesto y le removió el pelo de la cabeza. Pero fue en ese momento que escucharon un fuerte aullido, como a un cerdo cuando le parten la cabeza con un hacha. Noah no supo como corrió y llegó al pueblo.

El abuelo cerraba el taller cuando el niño apareció. Antes que le dijera cualquier cosa, Noah le contó todo. Pero su viejo no le creyó.

—Cuando vuelva tenemos que hablar, muchachito—le dijo, serio, y se puso un cobertor de lana sobre la espalda mirando la luna llena y Brot meneó la cola y se puso junto a él— Si esos animales se pierden tendremos problemas con los vecinos.

Noah se sintió observado. Y claro. Algunos vecinos habían escuchado el reto que le daban y lo miraban desde las ventanas de sus cabañas. El niño, confundido, entró a su cabaña y se fue a la cama. Sabía que no había imaginado lo ocurrido. Esa extraña capa transparente ¿En qué momento había aparecido?

Era algo que le preguntaría a su abuelo cuando regresara. Pero se quedó dormido apenas puso la cabeza en la almohada de paja hecha por la señora Carmina.

Por la mañana, al despertarse, reflexionó. Seguramente, él y Brot, habían estado a punto de ser atacados por un lobo.

Abandonó la cama y se lavó la cara con agua de un cubo. Se la secó con la manga de la camiseta y se fue revisando las habitaciones, sin encontrar a su abuelo. Antes de desayunar le preocupaba saber si había regresado con el rebaño. Salió de la cabaña y rodeó la construcción para buscar al abuelo en su taller. No estaba esquilando a las ovejas como cada mañana. Lo que era raro. Aunque más extraño era el silencio. El ruido a esa hora era habitual de los vecinos. Tendían a lanzarse gritos desde temprano, mientras cargaban los fardos de pasto, y atados de lana. Sin embargo, no había nadie haciéndose bromas.

A esa distancia, se percató que las demás casas estaban abiertas. Lo que no era raro sabiendo que todos se conocían.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?— dijo, tímido.

Pero nadie respondió.

Preocupado, salió al camino de tierra que cruzaba el pueblo. Empezó a gritar esperando que alguien saliera a su encuentro. Pero el miedo lo invadió cuando vio que las ovejas no estaban donde acostumbraba a dejarlas.

Empezó a llorar.

Sabía que su abuelo no había regresado.

— ¡Hola! ¡Que alguien me responda!— Pero el silencio era como cuando todos estaban dormidos de noche.

De pronto, escuchó a una oveja.

Se limpió los ojos y sonrió. La oía quejarse desde una ventana que, por la altura, no podía ver. Pero sí saber por el sonido que masticaba comida. Estaba dentro de la cabaña de la señora Carmina y eso lo alivió un poco. Quizá su abuelo sí había regresado y le estaban jugando una broma para que escarmentara.

Pero no fue así.

Cogió un cubo, que estaba cerca y lo apoyó a los pies de la ventana. Al asomarse casi cae cuando vio aterrado lo que pasaba. El esposo de la señora Carmina, el mismo que molestaba Brot, estaba engullendo un trozo grande de carne y de su boca algo de sangre se asomaba y le caía por el mentón.

Noah se balanceó y se apoyó de la ventana para no caer. Su vecino levantó la mirada, dejando ver un trozo de carne, entre sus dientes, y sonrió. Al ver que el hombre se acercó arrastrando para que no le fueran a robar a la oveja moribunda que engullía, saltó y salió corriendo hacia su casa. No sabía qué pasaba, pero no era nada bueno. La señora Carmina se acercaba y él se detuvo para contarle lo de su marido. Pero ella venía con las manos manchadas de pasto y sonreía de una manera tonta y extraña. Cuando la tuvo cerca trató de decírselo.

—No me va a creer. Pero su marido está comiéndose una oveja—y la mujer pasó por su lado y no le prestó atención.

La señora Carmina continuó hasta llegar junto a su cabaña. Cogió un par de fardos de pasto apilados, alrededor, y regresó. Noah le insistió cuando volvió a pasar junto a él y ella lo ignoró.

Noah empezó a gritar.

— ¿Qué pasa? ¡Que se han vuelto todos locos! —pero la mujer que se alejaba camino a las escaleras no reaccionaba.

La siguió durante un rato hasta que llegó a la primera piedra. Espero que desapareciera en lo alto y subió. Iba por la mitad cuando vio que un hombre bajaba. Era el señor Waldo. Un vecino que se encargaba de confeccionar ropa

con la lana. Él también pasó por su lado, cuando iban por la mitad de la escalera, y no se dio cuenta de su presencia.

Noah trató de hablarle.

— ¿Ha visto a mi abuelo? —pero su vecino, solo se giró, por sobre su hombro, y le miró con la misma sonrisa de su vecina. También tenía las manos manchadas de cargar fardos.

El niño no insistió y continuó subiendo. La sonrisa del hombre le había dado un escalofrío. Su abuelo decía que era la sonrisa de la gente que vivía en la ciudad y veía mucha televisión. Pero el señor Waldo siempre había vivido en el pueblo que él supiera.

Llegó arriba y vio a sus vecinos, cargando fardos y atados de lana. Estaban casi todos reunidos frente a esa cosa transparente que se veía con mayor claridad al ser de día. Era translucido y podía ver como la gente se reflejaba en ellos, o eso pensó en un principio. Pero al acercarse más vio que del otro lado no había reflejos. Sino gente idéntica a sus vecinos, que sonreían y asentían con la cabeza al recibir las encomiendas. Las transportaban hasta donde continuaban saliendo de entre los árboles y luego regresaban a por más.

Barrió la zona buscando a su abuelo, pero no lo veía por ninguna parte. Sus vecinos continuaban entregando los fardos. Parecían sonámbulos frente a la capa transparente que se hondeaba y hacia que los del otro lado parecieran sonreír. Noah sintió la necesidad de despertarlos y se arrimó a ellos. Pero se quedó inmóvil al ver que otra vez no se reflejaba y que, de entre los árboles, un niño idéntico a él salió corriendo para atacarle.

Se abalanzó a cruzar la capa. Al caer del otro lado, forcejeando contra su doble, en el suelo, sintió una consistencia pegajosa en sus manos. Fue cuando se dio cuenta que luchaba contra un insecto de su tamaño. Meneaba las antenas y emitía vibraciones raras hacia árboles de donde había salido. Seguro vendrían más de esas criaturas a por él. Pero Noah tenía que defenderse.

Como pudo se quitó el bastón y se lo enterró en la cabeza al bicho. El insecto se sacudió y cuando estuvo muerto, Noah se lo quitó de encima. Al reincorporarse, vio que del otro lado no eran sus vecinos quienes cargaban la lana, fardos y comida y luego regresaban al pueblo a por más. Sino que eran criaturas de seis brazos como la que acababa de asesinar y se agitaba en el suelo con la vara ensartada en la cabeza.

Eran altas y delgadas y parecían arboles insectos. Noah al ver la sangre verde de la criatura, en sus manos, pensó que se darían cuenta de ello y le atacarían. Sin embargo, parecía que no podían verle estando de ese lado. Se dio cuenta que eran sus vecinos los que transportaban los fardos y atados de lana hasta una gigantesca roca que asomaba entre los árboles de donde salían.

La enorme roca le recordó esas con que construía ciudades y que no podía quitar del piso cuando buscaba insectos. Era enorme y parecía levitar sobre la superficie.

De pronto, vio que debajo de esta salió su abuelo como si saliera de una cueva. Pero su pastor alemán no venía con él.

Salió corriendo a su encuentro a punto de llorar.

— ¿Qué está pasando abuelo?

—Tenemos que marcharnos, hijo—dijo cuando lo tuvo cerca y lo agarró del brazo mientras el viento que salía de debajo de la roca le sacudía el manto de lana sobre su espalda.

— ¿Qué pasa?—pero el fuerte viento no les dejaba hablar.

De pronto, la tierra se sacudió.

Los arboles insectos cruzaron la capa transparente y regresaron a la roca de donde habían salido. De paso, una de ellas cargó a la criatura muerta hasta la roca a punto de despegarse del suelo.

— ¿Dónde está Brot, abuelo?—pero ambos cayeron cuando la piedra se elevó y soltó una ráfaga de aire caliente.

—No te preocupes. Estará bien—y observó la nave alzarse.

— ¡Pero se lo llevan, abuelo! ¡Haz algo!—y el niño se puso a llorar— ¡Esos monstruos se lo van a comer!

Su abuelo, cubriéndole del viento, observó a sus vecinos despertar de su letargo. El niño le golpeaba los muslos para que actuara. Pero la nave desapareció en el cielo y la capa transparente reventó como lo hace una burbuja.

—En el camino a casa te cuento todo lo que pasó, Noah.

— ¿Y Brot? ¿Nunca más lo volveremos a ver?

—Quiero que me escuches con atención, hijo—y el niño miró la nube gris que había dejado la nave que se llevó a su perro— Te acuerdas que Brot llegó una noche y nunca supimos de donde venía ni quién era su dueño—y Noah lo miró con atención—Pues resulta que esos insectos solo seguían las ordenes de Brot. Ese perro o lo que quiera que fuera lo planeó todo.